

Lope de Vega

- ANTOLOGÍA POÉTICA -

De la belleza de su amada.

Soneto

No queda más lustroso y cristalino
por altas sierras el arroyo helado
ni está más negro el ébano labrado
ni más azul la flor del verde lino;

5

más rubio el oro que de Oriente vino
ni más puro, lascivo y regalado
espira olor el ámbar estimado
ni está en la concha el carmesi más fino,

10

que frente, cejas, ojos y cabellos

aliento y boca de mi ninfa bella,
angélica figura en vista humana;

que puesto que ella se parece a ellos
vivos están allí, muertos sin ella,
cristal, ébano, lino, oro, ámbar, grana.

Soneto

Esparcido el cabello por la espalda
que fue del sol desprecio y maravilla,
Silvia cogía por la verde orilla
del mar de Cádiz conchas en su falda.

5

El agua entre el hinojo de esmeralda,
para que entrase más, su curso humilla;
tejió de mimbre una alta canastilla,
y púsola en su frente por guirnalda.

10 Mas cuando ya desamparó la playa,
«Mal haya, dijo, el agua, que tan poca
con su sal me abrasó pies y vestidos».

Yo estaba cerca y respondí: «Mal haya
la sal que tiene tu graciosa boca,
que así tiene abrasados mis sentidos».

Soneto

Silvio a una blanca corderilla suya,
de celos de un pastor, tiró el cayado,
con ser la más hermosa del ganado;
¡oh amor!, ¿qué no podrá la fuerza tuya?

5 Huyó quejosa, que es razón que huya,
habiéndola sin culpa castigado;
lloró el pastor buscando el monte y prado,
que es justo que quien debe restituya.

10 Hallóla una pastora en esta afrenta,
y al fin la trajo al dueño, aunque tirano,
de verle arrepentido enternecida.

Diole sal el pastor y ella, contenta,
la tomó de la misma injusta mano;
que un firme amor cualquier agravio olvida.

Soneto

Ya no es Amor el atrevido arquero
que pintan de mortal saeta armado,
el dios desnudo y el rapaz vendado
blando a la vista y a las manos fiero.

5 Ya no es alarbe cazador ligero
ni el hierro tira en áspides bañado,
ni es Etna ardiente, ni Moncayo helado,
ni viento de la mar, ni sol de hebrero.

10 ¡Oh, qué blando es Amor, que de una caña
ha hecho un arco y pasador que tira,
y la cuerda de un hilo sin sospecha!

Ya ni los cuerpos ni las almas daña,
mas juega como niño, burla y mira
y mata pajarillos con su flecha.

Celso al peine de Clavelia
Soneto

Por las ondas del mar de unos cabellos
un barco de marfil pasaba un día
que, humillando sus olas, deshacía
los crespos lazos que formaban de ellos;

5 iba el Amor en él cogiendo en ellos
las hebras que del peine deshacía
cuando el oro lustroso dividía,
que éste era el barco de los rizos bellos.

10 Hizo de ellos Amor escota al barco,
grillos al albedrío, al alma esposas,
oro de Tíbar y del sol reflejos;

y puesta de un cabello cuerda al arco,
así tiró las flechas amorosas
que alcanzaban mejor cuanto más lejos.

Cancion

5 En una playa amena,
a quien el Turia perlas ofrecía
de su menuda arena,
y el mar de España de cristal cubría,

Belisa estaba a solas,
llorando al son del agua y de las olas.

«¡Fiero, cruel esposo!»,

10 - los ojos hechos fuentes, repetía;
y el mar, como envidioso,
a tierra por las lágrimas salía,
y alegre de cogerlas,
las guarda en conchas y convierte en perlas -.

15 «Traidor, que estás agora
en otros brazos, y a la muerte dejas
el alma que te adora,
y das al viento lágrimas y quejas:
si por aquí volvieres,
verás que soy ejemplo de mujeres.

20 Que en esta mar furiosa
hallaré de mi fuego la templanza,
ofreciendo animosa
al agua el cuerpo, al viento la esperanza,
que no tendrá sosiego
menos que en tantas aguas tanto fuego.

25 ¡Ay tigre! Si estuvieras
en este pecho, donde estar solías,
muriendo yo murieras;
mas prendas tengo en las entrañas mías
en que verás que mato,

30 a falta de tu vida tu retrato».

Ya se arrojaba, cuando
salió un delfín con un bramido fuerte,
y ella, en verle temblando,
volvió la espalda al rostro y a la muerte,

35 diciendo: «Si es tan fea,
yo viva y muera quien mi mal desea».

Cancion

¡Oh libertad preciosa,
no comparada al oro,
ni al bien mayor de la espaciosa tierra;
más rica y más gozosa

que el precioso tesoro
que el mar del sur entre su nácar cierra!
Con armas, sangre y guerra,
con las vidas y famas
conquistado en el mundo;

10

paz dulce, amor profundo,
que el mar apartas y a tu bien nos llamas:
en ti sola se anida
oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Cuando de las humanas

15

tinieblas, vi el cielo
la luz, principio de mis dulces días,
aquellas tres hermanas
que nuestro humano velo
tejiendo, llevan por inciertas vías,

20

las duras penas mías
trocaron en la gloria
que en libertad poseo,
con siempre igual deseo,
donde verá por mi dichosa historia

25

quien más leyere en ella
que es dulce libertad lo menos della.

Yo, pues, señor exento
desta montaña y prado,
gozo la gloria y libertad que tengo;

30

soberbio pensamiento
jamás ha derribado
la vida humilde y pobre que sostengo.
Cuando a las manos vengo
con el muchacho ciego,

35

haciendo rostro embisto,
venzo, triunfo y resisto
la flecha, el arco, la pozoña, el fuego,
y con libre albedrío
lloro el ajeno mal y canto el mío.

40

Cuando la aurora baña
con el rocío
de aljófara celestial el monte y prado,

45 salgo de mi cabaña,
riberas deste río,
a dar el nuevo pasto a mi ganado;
y cuando el sol dorado
muestra sus fuerzas graves,
al sueño el pecho inclino
debajo un sauce o pino,
50 oyendo el son de las parleras aves,
o ya gozando al aura
donde el perdido aliento se restaura.

55 Cuando la noche fría
con su estrellado manto
el claro día en su tiniebla encierra,
y suena en la espesura
el tenebroso canto
de los nocturnos hijos de la tierra,
al pie de aquesta sierra
60 con rústicas palabras
mi ganadillo cuento,
y el corazón contento
del gobierno de ovejas y de cabras,
la temerosa cuenta
65 del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera
con la manzana hermosa,
de gualda y roja sangre matizada,
y de color cera
70 la cermeña olorosa
tengo, y la endrina de color morada;
aquí de la enramada
parra que el olmo enlaza
melosas uvas cojo,
75 y en cantidad recojo,
al tiempo que las ramas desenlaza
el caluroso estío,
membrillos que coronan este río.

80 No me da descontento

el hábito costoso
que de lascivo el pecho noble infama;
es mi dulce sustento
del campo generoso
estas silvestres frutas que derrama.

85

Mi regalada cama
de blandas pieles y hojas,
que algún rey la envidiara,
y de ti, fuente clara,
que bullendo el arena y agua arrojas,

90

estos cristales puros,
sustentos pobres, pero bien seguros.

Estése el cortesano
procurando a su gusto
la blanda cama y el mejor sustento;

95

bese la ingrata mano
del poderoso injusto,
formando torres de esperanza al viento;
viva y muera sediento
por el honroso oficio,

100

y goce yo del suelo,
al aire, al sol y al hielo
ocupado en mi rústico ejercicio,
que más vale pobreza
en paz que en guerra mísera riqueza.

105

Ni temo al poderoso
ni al rico lisonjeo,
ni soy camaleón del que gobierna:
ni me tiene envidioso
la ambición y el deseo

110

de ajena gloria ni de fama eterna.
Carne sabrosa y tierna,
vino aromatizado,
pan blanco de aquel día,
en prado, en fuente fría,

115

halla un pastor con hambre fatigado;
que el grande y el pequeño
somos iguales lo que dura el sueño.

*¡Ésta sí que es siega de vida,
ésta sí que es siega de flor!*

Hoy, segadores de España,
vení a ver a la Moraña

5

trigo blanco y sin argaña,
que de verlo es bendición.

*¡Ésta sí que es siega de vida,
ésta sí que es siega de flor!*

Labradores de Castilla,

10

vení a ver a maravilla
trigo blanco y sin neguilla,
que de verlo es bendición.

*¡Ésta sí que es siega de vida,
ésta sí que es siega de flor!*

Romancero general

«Amada pastora mía,
tus descuidos me maltratan,
tus desdenes me fatigan,
tus sinrazones me matan.

5

A la noche me aborreces
y quiéresme a la mañana;
ya te ofendo a medio día,
ya por la tarde me llamas;

agora dices que quieres,

10

y luego que te burlabas,
ya ríes mis tibias obras,
ya lloras por mis palabras.

Cuando te dan pena celos
estás más contenta y cantas;

15

y cuando estoy más seguro
parece que te desgracias.

A mi amigo me maldices

20 y a mi enemigo me alabas;
si no te veo me buscas,
y si te busco te enfadas.

Partíme una vez de ti,
lloraste mi ausencia larga,
y agora que estoy contigo
con la tuya me amenazas.

25 Sin mar ni montes en medio,
sin peligro ni sin guardas,
mar, montes y guardas tienes
con una palabra airada.

30 Las paredes de tu choza
me parecen de montaña,
un mar el llegar a vellas
y mil gracias tus desgracias.

35 Como tienes en un punto
el amor y la mudanza,
pero bien le pintan niño,
poca vista y muchas alas.

40 Si Filis te ha dado celos,
el tiempo te desengaña,
que como ella quiere a uno
pudo por otra dejalla.

Si el aldea lo murmura,
siempre la gente se engaña,
y es mejor que tú me quieras
aunque ella tenga la fama.

45 Con esto me pones miedo
y me celas y amenazas:
si lloras, ¿cómo aborreces?
y si burlas, ¿cómo amas?».

50 Esto Belardo decía
hablando con una carta,
sentado al pie de un olivo

que el dorado Tajo baña.

Por las riberas famosas
de las aguas de Jarama,
junto del mismo lugar
que Tajo las acompaña,

5

alegre sale Belardo
a recibir justa paga
de tantos años de amor,
celos, temor y mudanza.

10

*¡Dichoso el pastor que alcanza
tan regalado fin de su esperanza!*

Vase a casar a su aldea
con Filis su enamorada,
que se la entrega su padre
después de tantas desgracias.

15

Contento lleva el villano,
por los ojos muestra el alma,
que al fin de tanta fortuna
promete el cielo bonanza.

20

*¡Dichoso el pastor que alcanza
tan regalado fin de su esperanza!*

No va como suele a pie,
ni lleva toscas abarcas,
de pieles de lobo muerto
tintas en sangre de vaca,

25

zapatos blancos picados,
media verde lagartada,
botones de vidrio y fuego,
porque se los dio su dama.

30

*¡Dichoso el pastor que alcanza
tan regalado fin de su esperanza!*

Va caballero brioso

en una yegua alazana,
la silla lleva de frisa,
y de hiladillo la franja,

35

sombrero nuevo de feria,
capa de capilla larga,
con un sayo verde oscuro,
agironado de grana

40

*¡Dichoso el pastor que alcanza
tan regalado fin de su esperanza!*

Va amostrando en el vestido
las esperanzas del alma,
tan cerca ya de cumplirlas
como tardías y largas.

45

Guardadas lleva en el seno
de Filis todas las cartas,
que si son obligaciones
quiere pagar y borrallas.

50

*¡Dichoso el pastor que alcanza
tan regalado fin de su esperanza!*

Llegó Belardo a la villa
y de su suegro a la casa,
sale a tener el estribo
mientras de la yegua baja.

55

Filis, abiertos los brazos,
marido y señor le llama;
él, señora y dulce esposa;
besóla y ella lo abraza.

60

*¡Dichoso el pastor que alcanza
tan regalado fin de su esperanza!*

De una recia calentura,
de un amoroso accidente,
con el frío de los celos
Belardo estaba a la muerte.

5

Pensando estaba en la causa,
que quiso hallarse presente
para mostrar que ha podido
hallarse a su fin alegre.

10

De verle morir la ingrata
ni llora ni se arrepiente,
que quien tanto en vida quiso
hoy en la muerte aborrece.

15

Empezó el pastor sus mandas
y dice: «Quiero que herede
el cuerpo la dura tierra,
que es deuda que se le debe;

20

sólo quiero que le saquen
los ojos y los entreguen,
porque los llamó su dueño
la ingrata Filis mil veces.

25

Y mando que el corazón
en otro fuego se queme,
y que las cenizas mismas
dentro de la mar las echen;

30

que por ser palabras tuyas
en la tierra do cayeren
podrán estar bien seguras
de que el viento se las lleve.

35

Y pues que muero tan pobre
que cuanto dejo me deben,
podrán hacer mi mortaja
de cartas y papeles;
y de lo demás que queda
quiero que a Filis se entregue
un espejo por que tenga
en qué se mire y contemple.

Contemple que su hermosura

40 es rosa cuando amanece,
y que es la vejez la noche
a cuya sombra se prende;
y que sus cabellos de oro
se verán presto de nieve,
y con más contento y gusto
goce las horas que duerme».

Contemplando estaba Filis
a la media noche sola
una vela [a] cuya lumbre
labrando estaba una cofia,

5 porque andaba en torno della
una blanca mariposa,
quemándose los extremos
y quería ardersse toda.

10 Suspendióse, imaginando
la avecilla animosa;
tomóla en sus blancas manos
y así le dice envidiosa:

15 «¿Adónde tienes los ojos
que desta luz te enamoras,
la boca con que la besas
y el gusto con que la gozas?

20 ¿Adónde tienes tu ingenio,
y dónde está la memoria?
¿con qué lengua la requiebras?
¿de qué despojos la adornas?

¿Qué le dices cuando llegas,
y en su fuego presurosa
le dejas alguna prenda
de la afición que le doras?

25 Y sin haberte ido vienes,
y después a volar tornas
hasta el punto que tu vida

entre las llamas despojas,

30 viendo que no será justo

dilatar su muerte y gloria».
En diciendo estas razones
llegóse al fuego y quemóla.

35 «Dichosa fuiste, avecilla,
Filis prosigue, pues gozas

en los brazos de tu amigo
muerte y vida gloriosa;

40 que la vida sin contento
mucho falta y poca sobra,
y sólo el sosiego es bueno

adonde el alma reposa.

Mas ¿cómo yo con tu ejemplo
no me doy la muerte agora?
Morir quiero, pues me anima,
y acabar con tantas cosas.

45 He sabido que Belardo
su vida pasa con otra,
porque le enojan mis celos
y mis desdichas le enojan».

50 Del paño de su labor
un corto cuchillo toma,
y dijo toda turbada:
«Oh Belardo, aquí fue Troya».

55 Pero primero que fuese
puesto el intento por obra,

quiso probar el dolor,
que es mujer y temerosa.

60 Con la aguja que labraba
picóse el dedo y turbóla
de su muy querida sangre

el ver salir una gota.

Pide un paño a la criada,
intento y cuchillo arroja;
lloró su sangre perdida,
que su amante no la llora.

El tronco de ovas vestido
de un álamo verde y blanco,
que entre espadañas y juncos
bañaba el agua de Tajo,

5

y las puntas de su altura
del ardiente sol los rayos,
y en todo el árbol dos vides
entretrejían mil lazos;

10

y al son del agua y las ramas
hería el céfiro manso
en las plateadas hojas,
tronco, punta, vides, árbol.

15

Éste con llorosos ojos
mirando estaba Belardo
por qué fue un tiempo su gloria
como agora es su cuidado.

20

Vio de dos tórtolas bellas
tejido un nido en lo alto,
y que con arrullo ronco
los picos se están besando.

25

Tomó una piedra el pastor
y esparció en el aire claro
ramas, tórtolas y nido,
diciendo alegre y ufano:

«Dejad la dulce acogida,
que la que el amor me dio,
envidia me la quitó,
y envidia os quita la vida.

30

Piérdase vuestra amistad,

pues que se perdió la mía
que no ha de haber compañía
donde está mi soledad.

35 Tan sólo pena me da,
tórtola, el esposo tuyo,

que tú presto hallarás cuyo,
pues Filis le tiene ya».

40 Esto diciendo el pastor,
desde el tronco está mirando
adónde irán a parar

los amantes desdichados.

Y vio que en un verde pino
otra vez se están besando;
admiróse y prosiguió
olvidado de su llanto:

45 «Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte,
¿quién habrá que las aparte,
que apartallas es juntallas?

50 Pues que del nido os eché
y ya tenéis compañía,
quiero esperar que algún día
con Filis me juntaré».

Llenos de lágrimas tristes
tiene Belardo los ojos,
porque le muestra Belisa
graves los suyos hermosos.

5 Celos mortales han sido
la causa injusta de todo,
y porque lo aprenda dice
con lágrimas y sollozos:

10 *El cielo me condene a eterno lloro,
si no aborrezco a Filis y te adoro.*

Mal haya el fingido amado,
lisonjero y mentiroso,
que juzgó mi voluntad
por la voz del vulgo loco;

15

y a mí, necio, que dejé
por el viejo lodo el oro,
y por lo que es propio mío
lo que siempre fue de todos.

20

*El cielo me condene a eterno lloro,
si no aborrezco a Filis y te adoro.*

Mis enemigos me vengan
en pleitos más peligrosos,
y mi amigo más querido
me levante testimonio;

25

jure falso contra mí,
y el juez más riguroso
de mis enemigos sea
del lado parcial devoto.

30

*El cielo me condene a eterno lloro,
si no aborrezco a Filis y te adoro.*

Y jamás del claro Tajo
vuelva a ver la orilla y soto,
ni a ver enramar sus vides
por los brazos de los olmos;

35

enviuden las tortolillas
viendo que gozas a otro;
jamás tenga paz contigo
y siempre guerra con todos.

40

*El cielo me condene a eterno lloro,
si no aborrezco a Filis y te adoro.*

Cubra el cielo castellano
los más encumbrados sotos,
porque el ganado no pazca
y muerto lo coma el lobo.

45

Llévese el viento mi choza,
el agua falte a mis pozos,
el fuego abrase mi parva,
la tierra me trague solo.

50

*El cielo me condene a eterno lloro,
si no aborrezco a Filis y te adoro.*

Mil años ha que no canto
porque ha mil años que lloro
trabajos de mi destierro,
que fueran de muerte en otros.

5

Sin cuerdas el instrumento,
desacordado de loco,
con cuatro clavijas menos,
cubierto y lleno de polvo,

10

ratones han hecho nido
en medio del lazo de oro
por donde el aire salía,
blando, agudo, grave y ronco.

15

Muchos piensan, y se engañan,
que pues callo piedras cojo,
y mala landre me dé
si no es de pereza todo;

20

fuera de que ha pocos días
que ciertos poetas mozos
dan en llamarme Belardos,
hurtándome el nombre solo.

25

Substitutos de mis bienes
y libres de mis enojos,
revocan mis testamentos,
de mi desdicha envidiosos.

Un codicilo se canta,
en que dicen que revoco
todas las mandas pasadas:

Dios sabe lo que me corro.

30 Los estrelleros de Venus
le dan más priesa que al moro
que de Sidonia partía
a impedir el desposorio.

35 En fe de mi nombre antiguo
cantan pensamientos de otros,
quizá porque siendo males
yo triste los pague todos.

40 Por algún pequeño hurto
echan de la casa a un mozo
y si algo falta después.
aquel se lo llevó todo.

¡Oh Filis, cuán engañada
te han tenido maliciosos,
pues ha tres años y más
que aun a solas no te nombro!

45 Si escribo de ajenos gustos
algunos versos quejosos,
gentilhombres de tu boca,
te los pintan como propios;

50 y con estar por tu causa
que aun apenas me conozco,
y con tres años de ausencia
quieren decir que te adoro;

y plega a Dios que si hoy día
a su brazo poderoso

55 para ti no pido un rayo,
que a mí mate con otro.

¿Soy por dicha Durandarte?
¿Soy Leandro? ¿Soy Andronio;
o soy discípulo suyo

60 o tú del viento furioso?

¡Mal hayan las tortolillas,
mal haya el tronco y el olmo
de do salieron las varas
que el vulgo ha tirado al toro!

65

Lisardo, aquel ahogado
como Narciso en el pozo,
antes que a la guerra fuese
dijo bien esto del olmo:

70

¡Oh, guarde Dios a Riselo,
guarda mayor de mi soto,
que mi vega maldecía
por barbechar sus rastrojos!

75

Todo el mundo dice y hace;
yo lo pago y no lo como,
y hecho Atlante de malicias
sustento un infierno en hombros.

Después que acabó Belardo
de distribuir sus bienes,
estando presente Filis
por cuya causa padece,

5

mandó que su testamento
segunda vez se leyese,
porque quiere confirmallo
por si desta vez muriese;

10

dijo, después de leído:
«Pido a Filis, si quisiere,
que después de sepultado
jamás de mi no se acuerde,

15

porque podrá su memoria
a aqueste siglo volverme,
a recibir por un gusto
dos mil desabridas muertes;
que se olvide de mi amor,

20 aunque mi amor no merece,
por ser amor verdadero,

paga tan torpe y aleve;

y que se olvide también
que me dijo muchas veces:
«Belardo, si te olvidare
cielos y tierra me dejen»;

25 y que rompa por su gusto
los desdichados papeles
do la descubrí mi pecho,
o por mejor, que los queme;

30 y que no tenga memoria
de los pasados placeres,
de que fue Belardo autor,
porque después no le pese.

35 Que se olvide de mis cosas,
pues que la enfadaron siempre,

y que se acuerde que dijo:
«Belardo, vivo con verte».

40 De aquesto tenga memoria,
que pues vivía con verme,
no ha sido razón de amor

a tanto extremo traerme».

No puede la bella Filis
disimular, aunque quiere,
el amor mucho que brota
de lo que en el alma tiene.

45 Sin querer lo han descubierto
unas lágrimas que vierte
de su lastimado pecho
adonde amor vivió siempre.

50 Llorando llegó al pastor,
y como el pastor la siente,
procura recibilla

en el alma antes que llegue.

Y levantando sus brazos
espera ver lo que quiere,

55

y las lágrimas suaves
lengua y palabras detienen;

y estando las lenguas mudas
bien por los ojos la entiende
Belardo que dice Filis:

60

«Tuya soy mientras viviere».

Hortelano era Belardo
de las huertas de Valencia,
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no piensa.

5

Pasado el hebrero loco,
flores para mayo siembra,
que quiere que su esperanza
dé fruto a la primavera.

10

El trébol para las niñas
pone al lado de la huerta,
porque la fruta de amor
de las tres hojas aprenda.

15

Albahacas amarillas,
a partes verdes y secas,
trasplanta para casadas
que pasan ya de los treinta;

20

y para las viudas pone
muchos lirios y verbena,
porque lo verde del alma
encubre la saya negra.

Torongil para muchachas
de aquellas que ya comienzan
a deletrear mentiras,
que hay poca verdad en ellas.

25

El apio a las opiladas,
y a las preñadas almendras;
para melindrosas cardos
y ortigas para las viejas.

30

Lechugas para briosas
que cuando llueve se queman,
mastuerzo para las frías,
y ajenjos para las feas.

35

De los vestidos que un tiempo
trujo en la Corte, de seda,
ha hecho para las aves
un espantajo de higuera.

40

Las lechuguillazas grandes,
almidonadas y tiesas,
y el sombrero boleado
que adorna cuello y cabeza;
y sobre un jubón de raso
la más guarnecida cuera,
sin olvidarse las calzas
españolas y tudescas.

45

Andando regando un día,
vióle en medio de la higuera
y riéndole de velle,
le dice desta manera:

50

«¡Oh ricos despojos
de mi edad primera
y trofeos vivos
de esperanzas muertas!

55

¡Qué bien parecéis
de dentro y de fuera,
sobre que habéis dado
fin a mi tragedia!

¡Galas y penachos

de mi soldadesca,
un tiempo colores
60
y agora tristeza!

Un día de Pascua
os llevé a mi aldea,
por galas costosas,
invenciones nuevas.

65
Desde su balcón
me vio una doncella,
con el pecho blanco
y la ceja negra.

70
Dejóse burlar,
caséme con ella,
que es bien que se paguen
tan honrosas deudas.

75
Supo mi delito
aquella morena
que reinaba en Troya
cuando fue mi reina.

80
Hizo de mis cosas
una grande hoguera,
tomando venganza
en plumas y letras».

Dulce Filis, si me esperas,
de favor has de ir mudando,
que es mucho para burlando,
y poco para de veras.

5
Si fías en mis amores,
pon en sus llamas sosiego,
y si burlas de mi fuego,
no le atices con favores.

10
No es bien que encenderme quieras

sin favor de cuando en cuando,
que es mucho para burlando,
y poco para de veras.

15 A las del infierno ardiendo
es mi pena semejante,
que con el manjar delante
estoy de hambre muriendo.

20 Con tu esperar desesperas,
pues el favor que vas dando,
es mucho para burlando,
y poco para de veras.

Si mandas, ¿por qué no das?
si lo has de dar, dalo junto,
y si junto, dalo a punto,
y si no, no mandes más.

25 No es bien que engañarme quieras
con favor de cuando en cuando,
que es mucho para burlando,
y poco para de veras.

Al pie de un roble escarchado
donde Belardo el amante
desbarató un tosco nido
que habían tejido las aves,
5 de breves pasadas glorias,
de presentes largos males,
así se queja diciendo:
quien tal hace, que tal pague.

10 La bella Filis un día,
al tiempo que el sol esparce
sus rayos por todo el suelo,
dorando montes y valles,

15 sintiendo que el corazón
se le divide en dos partes,

así el [lo] mismo decía:
quien tal hace, que tal pague.

20 Hice a los desdenes guerra,
guerra desdenes me hacen;
maté a Belardo con celos,
celos es bien que me maten.

No atendí siendo llamada,
agora no me oye nadie;
con justa causa padezco:
quien tal hace, que tal pague.

25 Desamé a Belardo un tiempo,
y el amor para vengarse,
quiere que le quiera agora,
y que él me olvide y desame.

30 Dejadme, pasiones frescas,
frescas pasiones, dejadme
vivir para que publique:
quien tal hace, que tal pague.

35 No le da pena el rigor
del frío tiempo que hace,
que el fuego de amor la ampara
que dentro en su pecho nace.

40 Dando de coraje voces,
que revienta de coraje,
dice por momentos Filis:
quien tal hace, que tal pague.

¿Do está, Belardo, la fe
que prometiste guardarme?
más yo la quebré primero,
tú puedes de mí quejarte.

45 Diste primero en quererme,
yo primero en olvidarte,
tú harta disculpa tienes:
quien tal hace, que tal pague.

50 Sacó del seno un papel
y con mil ansias le abre,
y antes de leerle todo
le arruga, rompe y deshace
diciendo: «Yo soy la causa,
55 no tengo de quién quejarme,
quien dio la causa revienta:
quien tal hace, que tal pague».

«¡Ay, amargas soledades
de mi bellísima Filis,
destierro bien empleado
del agravio que la hice!

5 Envejézcense mis años
en estos montes que vistes,
que quien sufre como piedra
es bien que en piedras habite.

10 *¡Ay horas tristes,
cuán diferente estoy
del que me vistes!*

15 ¡Con cuánta razón os lloro,
pensamientos juveniles
que al principio de mis años
cerca del fin me trujistes!

Retrato de mala mano,
mudable tiempo me heciste
sin nombre no me conocen
aunque despacio me miren.

20 *¡Ay horas tristes,
cuán diferente estoy
del que me vistes!*

25 Letra ha sido sospechosa,
que clara y oscura sirve,

que por no borrarla toda,
encima se sobre escribe.

Pienso a veces que soy otro
hasta que el dolor me dice
que quien le sufre tan grande
30 ser otro fuera imposible».

*¡Ay horas tristes,
cuán diferente estoy
del que me vistes!*

El lastimado Belardo
con los celos de su ausencia
a la hermosísima Filis
humildemente se queja.

5 «¡Ay, dice, señora mía,
y cuán caro que me cuesta
el imaginar que un hora
he de estar sin que te vea!

10 ¿Cómo he de vivir sin ti,
pues vivo en ti por firmeza,
y ésta el ausencia la muda
por mucha fe que se tenga?

15 Sois tan flacas las mujeres
que a cualquier viento que llega
literalmente os volvéis
como al aire la veleta.

20 Perdóname, hermosa Filis,
que el mucho amor me hace fuerza
a que diga desvaríos,
por más que después lo sienta.

¡Ay, sin ventura de mí!
¿qué haré sin tu vista bella?
daré mil quejas al aire
y ansina diré a las selvas:

25

*¡Ay triste mal de ausencia,
y quien podrá decir lo que me cuestas!*

30 No digo yo, mi señora,
que estás en aquesta prueba
quejosa de mi partida,
aunque sabes que es tan cierta.

Yo me quejo de mi suerte,
porque es tal, y tal mi estrella,
que juntas a mi ventura
harán que tu fe sea fuerza.

35 ¡Maldiga Dios, Filis mía,
el primero que la ausencia
juzgó con amor posible,
y dispuso tantas penas!

40 Yo me parto, y mi partir
tanto a queste pecho aprieta,
que como en bascas de muerte
el alma y cuerpo pelean.

45 ¡Dios sabe, bella señora,
si quedarme aquí quisiera,
y dejar al mayoral
que solo a la aldea se fuera!

50 He de obedecerle al fin,
que me obliga mi nobleza,
y aunque amor me desobliga,
es fuerza que el honor venza».

*¡Ay triste mal de ausencia,
y quien podrá decir lo que me cuestas!*

Cuando las secas encinas,
álamos y robles altos,
los secos ramillos visten
de verdes hojas y ramos;

y las fructíferas plantas
con mil pimpollos preñados
brotando fragantes flores
hacen de lo verde blanco,

10 para pagar el tributo
al bajo suelo, ordinario
natural de la influencia
qu'el cielo les da cada año;

15 y secas las yerbezuelas
de los secretos contrarios
por naturales efectos
al ser primero tornando,

20 de cuyos verdes renuevos
nacen mil colores varios
de miles distintas flores
que esmaltan los verdes prados;

los lechales cabritillos
y los corderos balando
corren a las alcaceles
ya comiendo, ya jugando,
25 cuando el pastor Albano suspirando
con lágrimas así dice llorando:
«Todo se alegra, mi Belisa, ahora,
solo tu Albano se entristece y llora».

30 Los romeros y tomillos,
de cuyos floridos ramos
las fecundas abejas
sacan licor dulce y claro;

35 y con la mucha abundancia,
su labor melificando
hinchén el panal nativo
de poleo tierno y blanco,

de cuyos preñados huevos
los hijuelos palpitando
salen por gracia divina

40

a poblar ajenos vasos;

las laboriosas hormigas
de sus provistos palacios
seguras salen a ver
el tiempo sereno y claro,

45

y los demás animales,
aves, peces, yerba o campo
desechando la tristeza
todos se alegran ufanos,

previniste, tiempo alegre,

50

mas triste el pastor Albano,
a su querida Belisa
dice, el sepulcro mirando:

Cuando el pastor Albano suspirando
con lágrimas así dice llorando:

55

«Todo se alegra, mi Belisa, ahora,
solo tu Albano se entristece y llora».

Belisa, señora mía,
hoy se cumple justo un año
que de tu temprana muerte

60

gusté aquel potaje amargo.

Un año te serví enferma,
¡ojalá fueran mil años,
que así enferma te quisiera,
contino aguardando el pago!

65

Solo yo te acompañé
cuando todos te dejaron,
porque te quise en la vida
y muerta te adoro y amo;

y sabe el cielo piadoso

70

a quien fiel testigo hago,
si te querrá también muerta
quien viva te quiso tanto.

Dejásteme en tu cabaña
por guarda de tu rebaño,
75
con aquella dulce prenda
que me dejaste del parto;

que por ser hechura tuya
me consolaba algún tanto
cuando en su divino rostro
80
contemplaba tu retrato,

pero duróme tan poco
qu'el cielo por mis pecados
quiso que también siguiese
muerta tus divinos pasos,
85
Cuando el pastor Albano suspirando
con lágrimas así dice llorando:
«Todo se alegra, mí Belísa, ahora,
solo tu Albano se entristece y llora».

«**Di**, Zaida, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que muera y que calle?
No des crédito a mujeres
no fundadas en verdades;

5
que si pregunto en qué entiendes
o quién viene a visitarte,
son fiestas de mi tormento
ver qué visitas te aplacen.

10
Si dices que estás corrida
de que Zaide poco sabe,
no sé poco, pues que supe
conocerte y adorarte.

15
Si dices son por mi causa
las que en el rostro te salen,
por la tuya con mis ojos
tengo regada tu calle.

Confiesas que soy valiente,

que tengo otras muchas partes;
pocas tengo, pues no puedo
20 de una mentira vengarme.

Mas si ha querido mi suerte
que ya el quererte te canse,
no pongas inconvenientes
mas de que quieres dejarme.

25 No entendí que eras mujer
a quien novedad aplace,
mas son tales mis desdichas,
que en mí lo imposible hacen;

30 hánme puesto en tal extremo
que el bien tengo por ultraje:
alabame para hacerme
la nata de los galanes.

Yo soy quien pierdo en perderte
y gano mucho en ganarte,
35 y aunque hablas en mi ofensa
no dejaré de adorarte.

Dices que si fuera mudo
fuera posible adorarme;
si en tu daño no lo he sido,
40 enmudezca el desculpame.

Si te ha ofendido mi vida,
quieres señora matarme,
basta decir que hablé [e]
para que el pesar me acabe.

45 Es mi pecho calabozo
de tormentos inmortales,
mi boca la del silencio,
que no ha menester alcaide.

Que el hacer plato y banquetes
50 es de hombres principales,
mas dalles de sus favores

sólo pertenece a infames.

55 Zaida cruel, que dijiste
que no supe conservarte,

mejor te supe obligar
que tú has sabido pagarme.

60 Mienten los moros y moras,
miente el infame de Tarfe,
que si yo le amenazara

bastara para matarle.

A ese perro mal nacido
a quien yo mostré el turbante,
no fío yo dél secretos,
que en bajos pechos no caben.

65 Yo le he de quitar la vida
y he de escribir con su sangre
lo que tú Zaida replico:
Quien tal hizo, que tal pague».

«Mira, Zaide, que te digo
que no pases por mi calle,
no hables con mis mujeres,
ni con mis cautivos trates,

5 no preguntes en qué entiendo
ni quien viene a visitarme,
qué fiestas me dan contento
ni qué colores me aplacen;

10 basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen,
corrida de haber mirado
moro que tan poco sabe.

15 Confieso que eres valiente,
que hiendes, rajás y partes,
y que has muerto más cristianos
que tienes gotas de sangre;

que eres gallardo ginete,
que danzas, cantas y tañes,
gentilhombre, bien criado

20

cuanto puede imaginarse;

blanco, rubio por extremo,
señalado entre linajes,
el gallo de los bravatos,
la nata de los donaires;

25

que pierdo mucho en perderte
y gano mucho en ganarte,
y que si nacieras mudo
fuera posible adorarte;

30

mas por ese inconveniente
determino de dejarte,
que eres pródigo de lengua
y amargan tus liviandades;

35

habrá menester ponerte
la que quisiere llevarte

un alcázar en los pechos
y en los labios un alcaide.

40

Mucho pueden con las damas
los galanes de tus partes,
porque los quieren briosos,
que hiendan y que desgarren;

mas con esto, Zaide amigo,
si algún banquete les hacen
del plato de sus favores
quieren que coman y callen.

45

Costoso me fue el que heciste;
que dichoso fueras, Zaide,
si conservarme supieras
como supiste obligarme.

50

Mas no bien saliste apenas

de los jardines de Atarfe,
cuando heciste de la mía
y de tu desdicha alarde.

55 A un morillo mal nacido
he sabido que enseñaste
la trenza de mis cabellos
que te puse en el turbante.

60 No quiero que me la vuelvas,
ni que tampoco la guardes,
mas quiero que entiendas, moro,
que en mi desgracia la traes.

También me certificaron
cómo le desafiaste
por las verdades que dijo,
que nunca fueran verdades.

65 De mala gana me río;
¡qué donoso disparate!
no guardaste tu secreto
¿y quieres que otro lo guarde?

70 No puedo admitir disculpa,
otra vez torno [a] avisarte
que ésta será la postrera
que te hable y que me hables».

75 Dijo la discreta Zaida
al gallardo Abencerraje,
y al despedirse replica
«Quien tal hace, que tal pague».

Sale la estrella de Venus
al tiempo que el sol se pone,
y la enemiga del día
su negro manto descoge,

5 y con ella un fuerte moro
semejante a Rodamonte
sale de Sidonia airado,

de Jerez la vega corre,

10 por donde entra Guadalete

al mar de España, y por donde
Santa María del Puerto
recibe famoso nombre.

15 Desesperado camina,
que siendo en linaje noble,

le deja su dama ingrata
porque se suena que es pobre;

20 y aquella noche se casa
con un moro feo y torpe
porque es alcaide en Sevilla

del Alcázar y la Torre.

Quejándose tiernamente
de un agravio tan enorme,
y a sus palabras la vega
con dulces ecos responde:

25 «Zaida, dice, más airada
que el mar que las naves sorbe,
más dura e inexorable
que las entrañas de un monte,

30 ¿cómo permites, cruel,

después de tantos favores,
que de prendas de mi alma
ajena mano se adorne?

35 ¿Es posible que te abrasces
a las cortezas de un roble,

y dejes el árbol tuyo
desnudo de fruta y flores?

40 Dejas tu amado Gazul,
dejas tres años de amores,
y das la mano a Albenzaide,

que aun apenas le conoces.

Dejas a un pobre muy rico
y un rico muy pobre escoges,
pues las riquezas del cuerpo
a las del alma antepones.

45

Alá permita, enemiga,
que te aborrezca y le adores,
y que por celos suspires
y por ausencia le llores,

50

y que de noche no duermas,

y de día no reposes,
y en la cama le fastidies,
y que en la mesa le enojés,

55

y en las fiestas, en las zambras,
no se vista tus colores,

ni aun para verlas permita
que a la ventana te asomes;

60

y menosprecie en las cañas,
para que más te alborotes,
el almaizar que le labres

y la manga que le bordes;

y se ponga de su amiga
con la cifra de su nombre,
a quien le dé los cautivos
cuando de la guerra torne;

65

y en batalla de cristianos
de velle muerto te asombres,
y plegue a Alá que suceda
cuando la mano le tomes,

70

que si le has de aborrecer,

que largos años le goces,
que es la mayor maldición
que pueden darte los hombres».

75

Con esto llegó a Jerez
a la mitad de la noche;

halló el palacio cubierto
de luminarias y voces,

y los moros fronterizos
que por todas partes corren,
con sus hachas encendidas

80

y con libreas conformes.

Delante del desposado
en los estribos alzóse;
arrojóle una lanzada
de parte a parte pasóle;

85

alborotóse la plaza,
desnudó el moro un estoque,
y por mitad de la gente
hacia Sidonia volvióse.

«**E**nsíllenme el potro rucio
del alcaide de los Vélez,
denme el adarga de Fez
y la jacerina fuerte;

5

una lanza con dos hierros,
entrambos de agudos temples,
y aquel acerado casco
con el morado bonete,

10

que tiene plumas pajizas

entre blancos martinetes,
y garzotas medio pardas,
antes que me vista, denme.

15

Pondréme la toca azul
que me dio para ponerme

Adalifa la de Baza,
hija de Zelín Hamete;

20

y aquella medalla en cuadro
que dos ramos la guarnecen
con las hojas de esmeraldas,

por ser los ramos laureles;

y un Adonis que va a caza
de los jabalíes monteses,
dejando su diosa amada,
y dice la letra "Muere"».

25

Esto dijo el moro Azarque
antes que a la guerra fuese,
aquel discreto y animoso,
aquel galán y valiente,

30

Almoralife el de Baza,
de Zulema descendiente,
caballeros que en Granada
paseaban con los reyes.

35

Trajéronle la medalla,
y suspirando mil veces,
del bello Adonis miraba
la gentileza y la suerte:

40

«Adalifa de mi alma,
no te aflijas ni lo pienses;
viviré para gozarte,
gozosa vendrás a verme;

45

breve será mi jornada,
tu firmeza no sea breve,
procura, aunque eres mujer,
ser de todas diferente.

50

No le parezcas a Venus,
aunque en beldad le pareces,
en olvidar a su amante
y no respetalle ausente.
Cuando sola te imagines,
mi retrato te consuele,
sin admitir compañía
que me ultraje y te desvele;

55 que entre tristeza y dolor
suele amor entremeterse,

haciendo de alegres tristes
como de tristes alegres.

60 Mira, amiga, mi retrato,
que abiertos los ojos tiene,
y que es pintura encantada,

que habla, que vive y siente.

Acuérdate de mis ojos,
que muchas lágrimas vierten,
y a fe que lágrimas tuyas
pocas moras las merecen».

65 En esto llegó Gualquemo
a decirle que se apreste,
que daban prisa en la mar
que se embarcase la gente.

70 A vencer se parte el moro,
aunque gustos no le vencen,
honra y esfuerzo lo animan
a cumplir lo que promete.

«¿A partaste, ingrata Filis,
del amor que me mostrabas
para ponerlo en aquel
que pensando en ti se enfada?

5 ¡Plegue a Dios no te arrepientas
cuando conozcas tu falta,
mas no te conocerás,
que aun para ti eres ingrata!

10 *¡Filis, mal hayan
los ojos que en un tiempo te miraban!*

Aguardando estoy a verte
tanto cuanto ya te ensanchas,
arrepentida llorando
el bien de que ahora te apartas;

15

víspera suele el bien ser
del mal que ahora no te halla,
pero aguarda, que él vendrá
cuando estés más descuidada.

¡Filis, mal hayan

20

los ojos que en un tiempo te miraban!

¡Oh cuántas y cuántas veces
me acuerdo de las palabras,
cruel, con que me engañaste
y con que a todos engañas!

25

A ti te engañaste sola,
pues te he de ver engañada,
deste que tú tanto adoras
y de mí sin esperanza.

¡Filis, mal hayan

30

los ojos que en un tiempo te miraban!

Miréte con buenos ojos,
pensando que me mirabas
como te miraba yo
por mi bien y tu desgracia;

35

que en esto, bien claro está,
eras tú la que ganabas,
mas a fin no mereciste
tanto bien siendo tan mala».

¡Filis, mal hayan

40

los ojos que en un tiempo te miraban!

«**D**espués que rompiste, ingrata,
de amor el estrecho nudo,
pruebo a sujetar el cuello
y no consiente otro yugo.

5

Gocé libertad tres años,
si aquel es libre y seguro

que de llorar tus mudanzas
no tiene su rostro enjuto.

10 Pensaba que era en amarte
cuando menos sin segundo
pero ya me dice el tiempo
que han sido primeros muchos.

15 Y que acuden a tu casa
más galanes al descuido
que caben ríos ni arroyos
en el reino de Neptuno.

20 Y para más afrentarme,
porque me escarnezca el vulgo,
has dado en hacerme esclavo
con los hierros a tu gusto.

De agravio y desdenes tales
sólo a mi firmeza culpo,
que no acierta a ser mudable
cursando tanto en tu estudio.

25 Mas ay, que es venir a menos
aunque pueda hacer un hurto
más famoso que el de Elena
negarte mi alma tributo;

30 y así le cuento a Cupido
la vez que a su templo acudo
más quejas que en el Senado
el villano del Danubio.

35 Todos los amantes oye,
para mí está sordo y mudo;
no sé si el traidor procura
lo que yo también procuro;

40 que según es tu belleza
aunque tenga de Dios humos,
no deja de ser quien es

en ser de tus siervos uno;

y si va a decir verdades,
aunque de falsa te acuso,
a manos de tu ira muera
si fuere de otra y no tuyo».

Gallardo pasea Zaide
puerta y calle de su dama,
que desea en gran manera
ver su imagen y adorarla,

5

porque se vido sin ella
en una ausencia muy larga,
que desdichas le sacaron
desterrado de Granada,

10

no por muerte de hombre alguno

ni por traidor a su dama,
mas por dar gusto a enemigos,
si es que en el moro se hallan,

15

porque es hidalgo en sus cosas,
y tanto que al mundo espantan

sus larguezas, pues por ellas
el moro dejó su patria;

20

pero a Granada volvió
a pesar de ruin canalla,
porque siendo un moro noble

enemigos nunca faltan.

Alzó la cabeza y vido
a su Zaida a la ventana,
tan bizarra y tan hermosa
que al sol quita su luz clara.

25

Zaida se huelga de ver
a quien ha entregado el alma,
tan turbada, y tan alegre,
y cuanto alegre turbada,

porque su grande desdicha

30

le dio nombre de casada,
aunque no por eso piensa
olvidar a quien bien ama.

35

El moro se regocija,
y con dolor de su alma,
por no tener más lugar,
que el puesto no se le daba,

40

por ser el moro celoso
de quien es esposa Zaida,
y en gozo, contento y pena
le envió aquestas palabras:

«¡Oh más hermosa y más bella
que la aurora aljofarada,
mora de los ojos míos,
que otra beldad no te iguala!

45

Dime, ¿fáltate salud
después que el verme te falta?
Mas según la muestra has dado
amor es el que te falta,

50

pues mira, diosa cruel
lo que me cuestas del alma,
y cuántas noches dormí
debajo de tus ventanas;

55

y mira que dos mil veces
recreándome en tus faldas,
decías: «El firme amor
sólo entre los dos se halla»,

60

pues que por mí no ha quedado,
que cumplo por mi desgracia
lo que prometo una vez,
cúmplelo también, ingrata.

No pido más que te acuerdes,
mira mi humilde demanda,

pues en pensar sólo en ti
me ocupo tarde y mañana».

65

Su prolijo razonar
creo el moro no acabara,
si no faltara la lengua
que estaba medio trabada.

70

La mora tiene la suya
de tal suerte, que no acaba
de acabar de abrir la gloria
al moro con la palabra,

75

vertiendo de entrambos ojos
perlas con que le aplacaba,
al moro sus quejas tristes
dijo la discreta Zaida:

80

«Zaide mío, a Alá prometo
de cumplirte la palabra
que es jamás no te olvidar,
pues no olvida quien bien ama;
pero yo no me aseguro
ni estoy de mí confiada,
que suele a cuerpo presente
ser la vigilia doblada,

85

y más tú que lisonjeas,
que ya lo tienes por gala,
de ser como aquí lo has dicho,
no habiendo en mí bueno nada.

90

Sé muy bien lo que te debo
y plugiese a Alá quedara
hecho mi cuerpo pedazos
antes que yo me casara,

95

que no hay rato de contento
en mí, ni un punto se aparta
este mi moro enemigo
de mi lado y de mi cama,

y no me deja salir,
ni asomarme a la ventana,
ni hablar con mis amigas
100 ni hallarme en fiestas o zambras».

No pudo escuchalla más
el moro, y así se aparta
hechos los ojos dos fuentes
de lágrimas que derrama.

105 Zaida, no menos que él,
se quita de la ventana,
y aunque apartaron los cuerpos
juntas quedaron las almas.

Soneto

Serrana celestial de esta montaña,
por quien el sol, que sus peñascos dora,
sale más presto a ver la blanca Aurora
que a la noche venció, que el mundo engaña,

5 a quien aquel Pastor santo acompaña,
que en el cayado de su cruz adora
cuanto ganado en estas sierras mora
y con su marca de su sangre baña.

10 ¿Cómo tenéis, si os llama electro y rosa
el Espejo, a quien dais tiernos abrazos,
color morena, aunque de gracia llena?

Pero aunque sois morena, sois hermosa,
y ¿qué mucho si a Dios tenéis en brazos,
que dándoos tanto sol, estéis morena?

Canción

Hermosas alamedas
deste prado florido
por donde entrar el sol pretende en vano;
fuentes puras y ledas,

5

que con manso rüido
a las aves lleváis el canto llano;
monte de nieve cano,
a quien te mira plata,
hasta que el sol en agua te desata;

10

con diferentes ojos
os miran mis cuidados,
pareciéndome espejos diferentes,
pues veo los enojos
de los tiempos pasados,

15

para llorar que los perdí presentes;
montes, árboles, fuentes,
estadme un rato atentos;
veréis que he puesto en paz mis pensamientos.

20

En gran lugar se puso,
¡oh, santas soledades!,
quien goza el bien que vuestro campo encierra
y libre del confuso
rumor de las ciudades,
es dueño de sí mismo en poca tierra,

25

adonde ni la guerra
sus paces interrompe,
ni ajeno yugo su silencio rompe.

30

Ni por oficio grave
que el más indigno tenga,
la envidia o lisonja le lastima,
ni espera que la nave
del indio a España venga
preñada del metal que el mundo estima:
ya el duro mar la oprima,

35

o ya segura quede,
ni le puede quitar, ni darle puede.

40

Ni amor con blando sueño
de imaginar süave
al suyo dio solícitos desvelos,
ni adora tierno dueño,
ni se queja del grave,

ni sus méritos puso contra celos;
que si a los mismos cielos
no toca el señorío,

45

¿por qué ha de ser esclavo el albedrío?

Agradecida mira
la planta, que a su mano,
porque la puso, le rindió tributo;
y contento, se admira

50

de ver que el cortesano
de tantas esperanzas pierda el fruto;
que no hay rey absoluto
como el que por sus leyes
conoce desde lejos a los reyes.

55

Siempre el hombre discreto
donde el poder alcanza
el apariencia del vivir limita;
dichoso el que este efeto
ha dado a su esperanza,

60

y del caer las ocasiones quita;
si en la tierra que habita
los ojos pone atentos,
aun no pasa de allí los pensamientos.

65

Quien no sirve ni ama,
ni teme ni desea,
ni pide ni aconseja al poderoso,
y con honesta fama
en su aumento se emplea,
sólo puede llamarse venturoso.

70

¡Oh mil veces dichoso
quien no tiene enemigo
y todos le codician por amigo!

Canción

Serrana hermosa, que de nieve helada
fueras, como en color, en el efeto,
si amor no hallara en tu rigor posada;

5 del sol y de mi vista claro objeto,
centro del alma que a tu gloria aspira
y de mi verso altísimo sujeto;
alba dichosa, en que mi noche aspira,
divino basilisco, lince hermoso,
nube de amor, por quien sus rayos tira;

10 salteadora gentil, monstruo amoroso,
salamandra de nieve y no de fuego,
para que viva con mayor reposo:
hoy, que a estos montes y a la muerte llego,
donde vine sin ti, sin alma y vida,

15 te escribo, de llorar cansado y ciego.
Pero dirás que es pena merecida
de quien pudo sufrir mirar tus ojos
con lágrimas de amor en la partida.
Advierte que eres alma en los despojos

20 desta parte mortal, que a ser la mía,
faltara en tantas lágrimas y enojos;
que no viviera quien de ti partía,
ni ausente, agora, a no esforzarle tanto
las esperanzas de un alegre día.

25 Aquella noche en su mayor espanto
consideré la pena del perderte,
la duda soledad creciendo el llanto,
y llamando mil veces a la muerte,
otras tantas miré que me quitaba

30 la dulce gloria de volver a verte.
A la ciudad famosa que dejaba,
la cabeza volvía, que desde lejos
sus muros con sus fuegos me enseñaba,
y dándome en los ojos los reflejos,

35

gran tiempo hacia la parte en que vivías
los tuvo amor suspensos y perplejos.

Y como imaginaba que tendrías
de lágrimas los bellos ojos llenos,
pensándolas juntar crecí las mías,

40

mas como los amigos, desde ajenos,
reparasen en ver que me paraba,
en el mayor dolor fue el llanto menos.

Ya, pues, que el alma y la ciudad dejaba,
y no se oía del famoso río

45

el claro son que con sus muros lava.

«Adiós, dije mil veces, dueño mío,
hasta que a verme en tu ribera vuelva,
de quien tan tiernamente me desvío.

No suele el ruiseñor en verde selva

50

llorar el nido de uno en otro ramo
de florido arrayán y madre selva,

con más doliente voz que yo te llamo,
ausente de mis dulces pajarillos,
por quien en llanto el corazón derramo,

55

ni brama, si le quitan sus novillos,
con más dolor la vaca, atravesando
los campos de agostados amarillos;

ni con arrullo más lloroso y blando
la tórtola se queja, prenda mía,

60

que yo me estoy de mi dolor quejando.

Lucinda, sin tu dulce compañía,
y sin las prendas de tu hermoso pecho,
todo es llorar desde la noche al día,

que con sólo pensar que está deshecho

65

mi nido ausente, me atraviesa el alma,
dando mil nudos a mi cuello estrecho;

que con dolor de que le dejo en calma
y el fruto de mi amor goza otro dueño,
parece que he sembrado ingrata palma».

70

Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño,
en tres veces que el sol me vio tan triste,
a la aspereza de un lugar pequeño,

a quien de murtas y peñascos viste
Sierra Morena, que se pone en medio

75

del dichoso lugar en que naciste.

Allí me pareció que sin remedio
llegaba el fin de mi mortal camino,
habiendo apenas caminado el medio,

80

y cuando ya mi pensamiento vino,

dejando atrás la sierra, a imaginarte,
creció con el dolor el desatino;

que con pensar que estás de la otra parte,
me pareció que me quitó la sierra
la dulce gloria de poder mirarte.

85

Bajé a los llanos de esta humilde tierra,
adonde me prendiste y cautivaste
y yo fui esclavo de tu dulce guerra.

90

No estaba el Tajo con el verde engaste
de su florida margen cual solía,

cuando con esos pies su orilla honraste,

ni el agua clara a su pesar subía
por las sonoras ruedas ni bajaba,
y en pedazos de plata se rompía,

95

ni Filomena su dolor cantaba,

ni se enlazaba parra con espino,
ni yedra por los árboles trepaba;

ni pastor extranjero ni vecino
se coronaba del laurel ingrato,
que algunos tienen por laurel divino.

100

Era su valle imagen y retrato
del lugar que la corte desampara,
del alma de su espléndido aparato.

105

Yo, como aquel que a contemplar se para
rúinas tristes de pasadas glorias,
en agua de dolor bañé mi cara.

110

De tropel acudieron las memorias,
los asientos, los gustos, los favores,
que a veces los lugares son historias,
y en más de dos que yo te dije amores,
parece que escuchaba tus respuestas,
y que estaban allí las mismas flores.

115

Mas como en desventuras manifiestas
suele ser tan costoso el desengaño
y sus veloces alas son tan prestas,
vencido de la fuerza de mi daño,
caí desde mí mismo medio muerto
y conmigo también mi dulce engaño.

120

Teniendo, pues, mi duro fin por cierto,
las ninfas de las aguas, los pastores
del soto y los vaqueros del desierto,

125

cubriéndome de yerbas y de flores
me lloraban diciendo: «Aquí fenece
el hombre que mejor trató de amores,
y puesto que Lucinda le merece,
que su vida consista en su presencia,
el también con su muerte la engrandece».

130

Entonces yo, que haciendo resistencia
estaba con tu luz al dolor mío,
abrí los ojos que cerró tu ausencia;
luego desamparando el valle frío
las ninfas bellas, con sus rubias frentes

rompieron el cristal del manso río,

y en círculos de vidrio transparentes
las divididas aguas resonaron,

135

y en las peñas los ecos diferentes.

Los pastores también desampararon
el muerto vivo y en la tibia arena
por sombra de quien era me dejaron.

140

Yo solo, acompañado de mi pena,
volvite al alma, del dolor quejoso,
que de pensar en ti la tuvo ajena.

Así ha llegado aquel pastor dichoso,
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,
del Betis rico al Tajo caudaloso:

145

éste que miras es retrato suyo,
que así el esclavo que llorando pierdes
a tus divinos ojos restituyo.

O ya me olvides o de mí te acuerdes,
si te olvidares mientras tengo vida,

150

marchite amor mis esperanzas verdes;

cosa que al cielo por mi bien le pida
jamás me cumpla, si otra cosa fuere
de aquestos ojos donde estás, querida.

En tanto que mi espíritu rigiere

155

el cuerpo que tus brazos estimaron,
nadie los míos ocupar espere;

la memoria que en ellos me dejaron
es alcaide de aquella fortaleza
que tus hermosos ojos conquistaron.

160

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza,
y que es de acero el pensamiento mío
con las pastoras de mayor belleza.

Ya sabes el rigor de mi desvío
con Flora, que te tuvo tan celosa,
165 a cuyo fuego respondí tan frío;

pues bien conoces tú que es Flora hermosa,
y que con serlo, sin remedio vive,
envidiosa de ti, de mí quejosa;

bien sabes que habla bien, que bien escribe,
170 y que me solicita y me regala,
por más desprecios que de mí recibe.

Mas yo, que de tu pie, donaire y gala
estimo más la cinta que desecha
que todo el oro con que a Creso iguala,
175 sólo estimo tenerte sin sospecha,
que no ha nacido agora quien desate
de tanto amor lazada tan estrecha.

Cuando de yerbas de Tesalia trate,
y discurriendo el monte de la luna
180 los espíritus ínfimos maltrate,

no hay fuerza en yerba ni en palabra alguna
contra mi voluntad, que hizo el cielo,
libre en adversa y próspera fortuna.

Tú sola mereciste mi desvelo,
185 y yo también, después de larga historia
con mi fuego de amor vencer tu yelo.

Viva con esto alegre tu memoria,
que como amar con celos es infierno,
amar sin ellos es descanso y gloria,
190 que yo, sin atender a mi gobierno,
no he de apartarme de adorarte ausente
si de ti lo estuviese un siglo eterno.

El sol mil veces discurriendo cuenta
del cielo los dorados paralelos,
195

y de su blanca hermana el rostro aumente,
que los diamantes de sus puros velos,
que viven fijos en su otava esfera,
no han de igualarme aunque me maten celos.

200 No habrá cosa jamás en la ribera
en que no te contemplan estos ojos,
mientras ausente de los tuyos muera;

en el jazmín tus cándidos despojos,
en la rosa encarnada tus mejillas,
tu bella boca en los claveles rojos,

205 tu olor en las retamas amarillas,
y en maravillas que mis cabras pacen
contemplaré también tus maravillas:

210 y cuando aquellos arroyuelos que hacen,
templados, a mis quejas consonancia,
desde la sierra donde juntos nacen,

dejando el sol la furia y arrogancia
de dos tan encendidos animales,
volviere el año a su primera estancia,

215 a pesar de sus fuentes naturales,
del yelo arrebatadas sus corrientes,
cuelguen por estas peñas sus cristales,

contemplaré tus concertados dientes
y a veces, en carámbanos mayores,
los dedos de tus manos transparentes.

220 Tu voz me acordarán los ruiñeños,
y destas yedras y olmos los abrazos
nuestros hermafroditicos amores.

225 Aquestos nidos de diversos lazos,
donde agora se besan dos palomas,
por ver mis prendas burlarán mis brazos,

Tú, si mejor tus pensamientos domas,

en tanto que yo quedo sin sentido,
dime el remedio de vivir que tomas,

230 que aunque todas las aguas del olvido

bebiese yo, por imposible tengo
que me escapase de tu lazo asido,

donde la vida a más dolor prevengo.
¡Triste de aquel que por estrellas ama,
si no soy yo, porque a tus manos vengo!

235

Donde si espero de mis versos fama,
a ti lo debo, que tú sola puedes
dar a mi frente de laurel la rama,
donde muriendo vencedora quedas.

Soneto

Vivas memorias, máquinas difundas,
que cubre el tiempo de ceniza y hielo,
formando cuevas, donde el eco al vuelo
sólo del viento acaba las preguntas.

5

Basas, colunas y arquitecabras juntas,
ya divididas oprimiendo el suelo,
soberbias torres, que al primero cielo
osastes escalar con vuestras puntas.

10

Si desde que en tan alto anfiteatro

representastes a Sagunto muerta,
de gran tragedia pretendéis la palma,

mirad de sólo un hombre en el teatro
mayor rüina y perdición más cierta,
que en fin sois piedras, y mi historia es alma.

Soneto di repente

Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;

catorce versos dicen que es soneto;
burla burlando van los tres delante.

5

Yo pensé que no hallara consonante,
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

10

Por el primer terceto voy entrando,
y parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
que voy los trece versos acabando;
contad si son catorce, y está hecho.

Letrilla

No ser, Lucinda, tus bellas
niñas formalmente estrellas,
bien puede ser;

5

pero que en su claridad
no tengan cierta deidad,
no puede ser.

Que su boca celestial
no sea el mismo coral,
bien puede ser;

10

mas que no exceda la rosa
en ser roja y olorosa,
no puede ser.

Que no sea el blanco pecho
de nieve o cristales hecho,

15

bien puede ser;

mas que no exceda en blancura
cristales y nieve pura,
no puede ser.

20

Que no sea sol ni Apolo,

ángel puro y fénix solo,
bien puede ser;

pero que de ángel no tenga
lo que con ángel convenga,
no puede ser.

25

Que no sean lirios sus venas
ni sus manos azucenas,
bien puede ser;

mas que en ellas no se vean
cuantas gracias se desean,

30

no puede ser.

Letrilla

Al cabo de los años mil,
vuelven las aguas por do suelen ir.

Humildes se hacen,
altos se reprueban,

5

unos se renuevan
y otros se deshacen;
como mueren nacen,
porque, con vivir,

al cabo de los años

10

mil, vuelven las aguas por do suelen ir.

Otra vez se ve
lo que no se espera,
lo que ya no era
vuelve a lo que fué;

15

nadie triste esté,
que si da en sufrir,

al cabo de los años mil
vuelven las aguas por do suelen ir.

La Niña a quien dijo el Ángel
que estaba de gracia llena,
cuando de ser de Dios madre
le trujo tan altas nuevas,

5

ya le mira en un pesebre,
llorando lágrimas tiernas,
que obligándose a ser hombre,
también se obliga a sus penas.

10

¿Qué tenéis, dulce Jesús?,
le dice la Niña bella;
¿tan presto sentís mis ojos
el dolor de mi pobreza?

15

Yo no tengo otros palacios
en que recibiros pueda,
sino mis brazos y pechos,
que os regalan y sustentan.

20

No puedo más, amor mío,
porque si yo más pudiera,
vos sabéis que vuestros cielos
envidiaran mi riqueza.

25

El niño recién nacido
no mueve la pura lengua,
aunque es la sabiduría
de su eterno Padre inmensa.

30

Mas revelándole al alma
de la Virgen la respuesta,
cubrió de sueño en sus brazos
blandamente sus estrellas.

Ella entonces desatando
la voz regalada y tierna,
así tuvo a su armonía
la de los cielos suspensa.

35

Pues andáis en las palmas,
Ángeles santos,

que se duerme mi niño,
tened los ramos.

40 Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto.

No le hagáis ruido,
corred más paso,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

45 El niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,

50 sosegar quiere un poco
del tierno llanto,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

55 Rigurosos yelos
le están cercando,
ya veis que no tengo
con qué guardarlo.

60 Ángeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

Zagalejo de perlas,
hijo del Alba,
¿dónde vais que bace frío
tan de mañana?

5 Como sois lucero
del alma mía,
al traer el día

10 nacéis primero;
pastor y cordero
sin choza y lana,
¿dónde vais que bace frío
tan de mañana?

15 Perlas en los ojos,
risa en la boca,
las almas provoca
a placer y enojos;
cabellitos rojos,
boca de grana,
20 ¿dónde vais que bace frío
tan de mañana?

Que tenéis que hacer,
pastorcito santo,
madrugando tanto
lo dais a entender;
25 aunque vais a ver
disfrazado el alma,
¿dónde vais que bace frío
tan de mañana?

Las pajas del pesebre,
niño de Belén,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

5 Lloráis entre las pajas
de frío que tenéis,
hermoso niño mío,
y de calor también.

10 Dormid, cordero santo,
mi vida, no lloréis,
que si os escucha el lobo,
vendrá por vos, mi bien.

15 Dormid entre las pajas,
que aunque frías las veis,

hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

20 Las que para abrigaros
tan blandas hoy se ven
serán mañana espinas
en corona cruel.

Mas no quiero deciros,
aunque vos lo sabéis,
palabras de pesar
en días de placer.

25 Que aunque tan grandes deudas
en paja cobréis,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

30 Dejad el tierno llanto,
divino Emanüel,
que perlas entre pajas
se pierden sin por qué.

35 No piense vuestra madre
que ya Jerusalén
previene sus dolores,
y llore con Joseph.

40 Que aunque pajas no sean
corona para Rey,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

5 ¡Cuán bienaventurado
aquel puede llamarse justamente,
que sin tener cuidado
de la malicia y lengua de la gente,
a la virtud contraria,
la suya pasa en vida solitaria!

¡Dichoso el que no mira

del altivo señor las altas casas,
ni de mirar se admira
10 fuertes columnas oprimiendo basas,
en las soberbias puertas,
a la lisonja eternamente abiertas!

Los altos frontispicios,
con el noble blasón de sus pasados,
15 los bélicos oficios,
de timbres y banderas coronados,
desprecia y tiene en menos
que en el campo los olmos, de hojas llenos.

Ni sufre al confiado
20 en quien puede morir, y que al fin muere,
ni humilde al levantado
con vanas sumisiones le prefiere,
sin ver que no hay columna
segura en las mudanzas de fortuna.

25 Ni va sin luz delante
del señor poderoso, que atropella
sus fuerzas arrogante,
pues es mejor de noche ser estrella,
que por la compañía
30 del sol dorado no lucir de día.

¡Dichoso el que apartado
de aquellos que se tienen por discretos,
no habla desvelado
en sutiles sentencias y concetos,
35 ni inventa voces nuevas,
más de ambición que del ingenio pruebas!

Ni escucha al malicioso
que todo cuanto ve le desagrada,
ni al crítico en enfadoso
40 teme la esquiva condición, fundada
en la calumnia sola,
fuego activo del oro que acrisola.

45 Ni aquellos arrogantes
por el verde laurel de alguna ciencia,
que llaman ignorantes
los que tienen por sabios la experiencia,
porque la ciencia en suma
no sale del laurel, mas de la pluma.

50 No da el saber el grado
sino el ingenio natural del arte
y estudio acompañado,
que el hábito y los cursos no son parte,
ni aquella ilustre rama,
faltando lo esencial, para dar fama.

55 ¡Oh cuántos hay que viven
a sus cortas esferas condenados!
Hoy lo que ayer escriben,
ingenios como espejos que quebrados
muestran siempre de un modo
60 lo mismo en cualquier parte que en todo.

¡Dichoso pues mil veces
el solo que en su campo, descuidado
de vanas altiveces,
cuanto rompiendo va con el arado
65 baña con la corriente
del agua que destila de su frente.

El ave sacra a Marte
le despierta del sueño perezoso,
y el vestido sin arte
70 traslada presto al cuerpo, temeroso
de que la luz del día
por las quiebras del techo entrar porfía.

Revuelve la ceniza,
sopla el humoso pino mal quemado;
75 el animal se eriza
que estaba entre las pajas acostado,
ya a la tiniebla huye
y lo que hurtó a la luz le restituye.

80 El pobre almuerzo aliña,
come y da de comer a los dos bueyes,
y en el barbecho o viña,
sin envidiar los patios de los reyes,
ufano se pasea
a vista de las casas de su aldea.

85 Y son tan derribadas,
que aun no llega el soldado a su aposento,
ni sus armas colgadas
de sus paredes vio, ni el corpulento
caballo estar atado

90 al humilde pesebre del ganado.

Caliéntase el enero,
alrededor de sus hijuelos todos,
a un roble, ardiendo entero,
y allí contando de diversos modos,

95 de la extranjera guerra
duerme seguro, y goza de su tierra.

Ni deuda en plazo breve,
ni nave por la mar su paz impide,
ni a la fama se atreve,

100 con el reloj del sol sus horas mide,
y la incierta postrera,
ni la teme cobarde, ni la espera.

De una Virgen hermosa
celos tiene el sol,
porque vio en sus brazos
otro sol mayor.

5 Cuando del Oriente
salió el sol dorado,
y otro sol helado
miró tan ardiente,
quitó de la frente

10 la corona bella,
y a los pies de la estrella

su lumbre adoró,
porque vio en sus brazos
otro sol mayor.

15

«Hermosa María,
dice el sol vencido,
de vos ha nacido
el sol que podía
dar al mundo el día

20

que ha deseado».
Esto dijo humillado
a María el sol,
porque vio en sus brazos
otro sol mayor.

Nace el alba María
y el sol tras ella,
desterrando la noche
de nuestras penas.

5

Nace el alba clara,
la noche pisa,
del cielo la risa
su paz declara;

10

el tiempo se para
por sólo vella,
desterrando la noche
de nuestras penas.

15

Para ser señora
del cielo, levanta

esta niña santa
su luz aurora;

20

él canta, ella llora
divinas perlas,
desterrando la noche

de nuestras penas.

Aquella luz pura
del Sol procede,

porque cuanto puede
le da hermosura;

25

el alba segura
que viene cerca,
desterrando la noche
de nuestras penas.

Soneto I

Cuando me paro a contemplar mi estado,
y a ver los pasos por donde he venido,
me espanto de que un hombre tan perdido
a conocer su error haya llegado.

5

Cuando miro los años que he pasado,
la divina razón puesta en olvido,
conozco que piedad del cielo ha sido
no haberme en tanto mal precipitado.

10

Entré por laberinto tan extraño,
fiando al débil hilo de la vida
el tarde conocido desengaño;

mas de tu luz mi escuridad vencida,
el monstruo muerto de mi ciego engaño,
vuelve a la patria, la razón perdida.

Soneto II

Pasos de mi primera edad que fuistes
por el camino fácil de la muerte,
hasta llegarme al tránsito más fuerte
que por la senda de mi error pudistes;

5

¿qué basilisco entre las flores vistes
que de su engaño a la razón advierte?
Volved atrás, porque el temor concierte
las breves horas de mis años tristes.

10

¡Oh pasos esparcidos vanamente!

¿qué furia os incitó, que habéis seguido
la senda vil de la ignorante gente?

Mas ya que es hecho, que volváis os pido,
que quien de lo perdido se arrepiente
aun no puede decir que lo ha perdido.

Soneto III

Entro en mí mismo para verme, y dentro
hallo, ¡ay de mí!, con la razón postrada,
una loca república alterada,
tanto que apenas los umbrales entro.

5

Al apetito sensitivo encuentro,
de quien la voluntad mal respetada
se queja al cielo, y de su fuerza armada
conduce el alma al verdadero centro.

10

La virtud, como el arte, hallarse suele
cerca de lo difícil, y así pienso
que el cuerpo en el castigo se desvele.

Muera el ardor del apetito intenso,
porque la voluntad al centro vuela,
capaz potencia de su bien inmenso.

Soneto V

¿Qué ceguedaz me trujo a tantos daños?
¿Por dónde me llevaron desvaríos,
que no traté mis años como míos,
y traté como propios sus engaños?

5

¡Oh puerto de mis blancos desengaños,
por donde ya mis juveniles bríos
pasaron como el curso de los ríos,
que no los vuel[v]e atrás el de los años!

10

Hicieron fin mis locos pensamientos,
acomodóse al tiempo la edad mía,
por ventura en ajenos escarmientos.

Que no temer el fin no es valentía,
donde acaban los gustos en tormentos,

y el curso de los años en un día.

Soneto XIV

Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño,
Tú que hiciste cayado de ese leño,
en que tiendes los brazos poderosos,

5

vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguirte empeño,
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

10

Oye, pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres.

Espera, pues, y escucha mis cuidados,
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás para esperar los pies clavados?

Soneto XV

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,
y cuántas con vergüenza he respondido,
desnudo como Adán, aunque vestido
de las hojas del árbol del pecado!

5

Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
fácil de asir, en una cruz asido,
y atrás volví otras tantas, atrevido,
al mismo precio en que me habéis comprado.

10

Besos de paz os di para ofenderos,
pero si fugitivos de su dueño
hierran cuando los hallan los esclavos,

hoy que vuelvo con lágrimas a veros,
clavadme vos a vos en vuestro leño,
y tendréisme seguro con tres clavos.

Soneto XVI

Muere la vida, y vivo yo sin vida,
ofendiendo la vida de mi muerte,
sangre divina de las venas vierte,
y mi diamante su dureza olvida.

5

Está la majestad de Dios tendida
en una dura cruz, y yo de suerte
que soy de sus dolores el más fuerte,
y de su cuerpo la mayor herida.

10

¡Oh duro corazón de mármol frío!,
¿tiene tu Dios abierto el lado izquierdo,
y no te vuelves un copioso río?

Morir por él será divino acuerdo,
mas eres tú mi vida, Cristo mío,
y como no la tengo, no la pierdo.

Soneto XVIII

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?

5

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

10

¡Cuántas veces el Ángel me decía:
«Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!

¡Y cuántas, hermosura[s] soberana,
"Mañana le abriremos", respondía,
para lo mismo responder mañana!

Soneto XXXI

Yo me muero de amor, que no sabía,
aunque diestro en amar cosas del suelo,
que no pensaba yo que amor del cielo
con tal rigor las almas encendía.

5

Si llama la moral filosofía
deseo de hermosura a amor, recelo
que con mayores ansias me desvelo
cuanto es más alta la belleza mía.

10

Amé en la tierra vil, ¡qué necio amante!

¡Oh luz del alma, habiendo de buscaros,
qué tiempo que perdí como ignorante!

Mas yo os prometo agora de pagaros
con mil siglos de amor cualquiera instante
que por amarme a mí dejé de amaros.

A una rosa.

Soneto XXXVII

¡Con qué artificio tan divino sales
de esa camisa de esmeralda fina,
oh rosa celestial alejandrina,
coronada de granos orientales!

5

Ya en rubíes te enciendes, ya en corales,
ya tu color a púrpura se inclina
sentada en esa basa peregrina
que forman cinco puntas desiguales.

10

Bien haya tu divino autor, pues mueves

a su contemplación el pensamiento,
a aun a pensar en nuestros años breves.

Así la verde edad se esparce al viento,
y así las esperanzas son alevés
que tienen en la tierra el fundamento...

A una calavera.

Soneto XLIII

Esta cabeza, cuando viva, tuvo
sobre la arquitectura destes huesos
carne y cabellos, por quien fueron presos
los ojos que mirándola detuvo.

5

Aquí la rosa de la boca estuvo,
marchita ya con tan helados besos,
aquí los ojos de esmeralda impresos,
color que tantas almas entretuvo.

10

Aquí la estimativa en que tenía
el principio de todo el movimiento,
aquí de las potencias la armonía.

¡Oh hermosura mortal, cometa al viento!,
¿dónde tan alta presunción vivía,
desprecian los gusanos aposento?

Soneto XLVI

No sabe qué es amor quien no te ama,
celestial hermosura, esposo bello,
tu cabeza es de oro, y tu cabello
como el cogollo que la palma enrama.

5

Tu boca como lirio, que derrama
licor al alba; de marfil tu cuello;
tu mano el torno y en su palma el sello
que el alma por disfraz jacintos llama.

10

¡Ay Dios!, ¿en qué pensé cuando, dejando
tanta belleza y las mortales viendo,
perdí lo que pudiera estar gozando?

Mas si del tiempo que perdí me ofendo,
tal prisa me daré, que un hora amando
venza los años que pasé fingiendo.

Soneto XLVIII

Hombre mortal mis padres me engendraron,
aire común y luz de los cielos dieron,

y mi primera voz lágrimas fueron,
que así los reyes en el mundo entraron.

5

La tierra y la miseria me abrazaron,
paños, no piel o pluma, me envolvieron,
por huésped de la vida me escribieron,
y las horas y pasos me contaron.

10

Así voy prosiguiendo la jornada
a la inmortalidad el alma asida,
que el cuerpo es nada, y no pretende nada.

Un principio y un fin tiene la vida,
porque de todos es igual la entrada,
y conforme a la entrada la salida.

A la sanctísima Madalena.
Soneto LXVIII

Buscaba Madalena pecadora
un hombre, y Dios halló sus pies, y en ellos
perdón, que más la fe que los cabellos
ata sus pies, sus ojos enamora.

5

De su muerte a su vida se mejora,
efecto en Cristo de sus ojos bellos,
sigue su luz, y al occidente dellos
canta en los cielos y en peñascos llora.

10

«Si amabas, dijo Cristo, soy tan blando
que con amor a quien amó conquisto,
si amabas, Madalena, vive amando».

Discreta amante, que el peligro visto
súbitamente trasladó llorando
los amores del mundo a los [de] Cristo.

Soneto LXXXV

Dulce Señor, mis vanos pensamientos
fundados en el viento me acometen,
pero por más que mi quietud inquieten
no podrán derribar tus fundamentos.

5

No porque de mi parte mis intentos
seguridad alguna me prometen
para que mi flaqueza no sujeten,
ligera más que los mudables vientos.

10

Mas porque si a mi voz, Señor, se inclina
tu defensa y piedad, ¿qué humana guerra
contra lo que Tú amparas será fuerte?

Ponme a la sombra de tu cruz divina,
y vengan contra mí fuego, aire, tierra,
mar, yerro, engaño, envidia, infierno y muerte.

Soneto XCIV

Yo pagaré con lágrimas la risa
que tuve en la verdura de mis años,
pues con tan declarados desengaños
el tiempo, Elisio, de mi error me avisa.

5

«Hasta la muerte» en la corteza lisa
de un olmo, a quien dio el Tajo eternos baños,
escribí un tiempo, amando los engaños
que mi temor con pies de nieve pisa.

10

Mas, ¿qué fuera de mí, si me pidiera
esta cédula Dios, y la cobrara,
y el olmo entonces el testigo fuera?

Pero yo con el llanto de mi cara
haré crecer el Tajo de manera
que sólo quede mi vergüenza clara.

A Santa Getrudis.

Soneto XCVI

Getrudis, siendo Dios tan amoroso
que está en el hombre por amor ardiente
y el hombre en Él, no es mucho que aposente
tan abrasado corazón su esposo.

5

Amor le ha dado en vos dulce reposo,
que allí quiere vivir y estar presente,
que nadie amara y estuviera ausente,
si fuera como Dios tan poderoso.

10 Si a quien pregunta al mismo Dios que adónde
le podrá hallar. después del blanco velo
«en vuestro santo corazón» responde.

Custodia sois, mientras gozáis el suelo,
y pues que todo Dios en él se esconde,
mayor tenéis el corazón que el cielo.

A San Angelo. Carmelita.
Soneto XCVII

Ángel, a gran peligro os arrojastes
cuando a decir verdad os atrevistes,
supuesto que al Bautista parecistes,
cuando con tal rigor la predicastes.

5 Notable ejemplo a los demás dejastes,
luz sobre monte, y no lisonja fuistes,
que puesto que del púlpito caistes,
al cielo envuelto en sangre os levantastes.

10 Ángel fue el gran Bautista, si en la vista
y en la verdad le sois tan semejante,
y en hábito tan pobre y tan estrecho.

Ángel, no es mucho, pues murió el Bautista
por decir la verdad, que un ciego amante
por la misma ocasión os pase el pecho.

*A San Josef, con Jesús
dormido en los brazos.*
Soneto XCVIII

Josef, ¿cómo podrá tener gobierno
el tiempo, de quien Padre y lumbre ha sido,
si en los brazos tenéis al Sol dormido,
pues tiene vida por su curso eterno?

5

Aunque sois cuna de su cuerpo tierno
del alba virginal recién nacido,
despertalde, Josef, si tanto olvido
no le disculpa vuestro amor paterno.

10 Mirad que hasta los ángeles espanta
ver que se duerma el sol resplandeciente
en la misma sazón que se levanta.

Dejad, Josef, que su carrera intente,
porque desde el pesebre a la Cruz santa
es ir desde el Oriente al Occidente.

Soneto XCIX

No espanta al sabio, ni ha de ser temida
la muerte que amenazan varios casos,
y por la brevedad de nuestros pasos
no puede estar muy lejos de la vida.

5 El sueño es una muerte, aunque fingida,
que tiene como el sol tantos ocasos;
de tierra son nuestros mortales vasos:
con poco golpe quedará rompida.

10 La vida fue muy justo que estuviese
en esta suspensión, porque en concierto
el temor de la muerte nos pusiese.

Por eso hizo Dios su fin incierto,
para que mientras más incierto fuese,
más cerca nos parezca de ser cierto.

El alma a su Dios.

Soneto C

¿Cuándo en tu alcázar de Sión y en Beth
de tu santo David seré Abisac?
¿Cuándo Rebeca de tu humilde Isaac?
¿Cuándo de tu Josef limpia Aseneth?

5 De las aguas salí como Jafet,
de la llama voraz como Sidrac,

y de las maldiciones de Balac
por la que fue bendita en Nazareth.

10 Viva en Jerusalén como otro Hasub,
y no me quede en la ciudad de Lot,
sabiduría eterna, inmenso Alef.

Que tú, que pisas el mayor querub,
y lá cerviz enlazas de Benemath,
sacarás de la cárcel a Josef.

Romance X

Al poner a Cristo en la cruz.

En tanto que el hoyo cavan
a donde la cruz asienten,
en que el Cordero levanten
figurado por la sierpe,

5 aquella ropa inconsútil
que de Nazareth ausente
labró la hermosa María
después de su parto alegre,

10 de sus delicadas carnes
quitan con manos alevés
los camareros que tuvo
Cristo al tiempo de su muerte.

15 No bajan a desnudarle
los espíritus celestes,
sino soldados que luego
sobre su ropa echan suertes.

20 Quitáronle la corona,
y abriéronse tantas fuentes,
que todo el cuerpo divino
cubre la sangre que vierten.

Al despegarle la ropa
las heridas reverdecen,
pedazos de carne y sangre
salieron entre los pliegues.

25

Alma pegada en tus vicios,
si no puedes, o no quieres
despegarte tus costumbres,
piensa en esta ropa, y puede.

30

A la sangrienta cabeza
la dura corona vuelven,
que para mayor dolor
le coronaron dos veces.

35

Asió la soga un soldado,
tirando a Cristo, de suerte
que donde va por su gusto
quiere que por fuerza llegue.

40

Dio Cristo en la cruz de ojos,
arrojado de la gente,
que primero que la abrace,
quieren también que la bese.

45

¡Qué cama os está esperando,
mi Jesús, bien de mis bienes,
para que el cuerpo cansado
siquiera a morir se acueste!

50

¡Oh, qué almohada de rosas
las espinas os prometen!;
¡qué corredores dorados
los duros clavos crueles!

Dormid en ella, mi amor,

para que el hombre despierte,
aunque más dura se os haga
que en Belén entre la nieve.

55

Que en fin aquella tendría
abrigo de las paredes,
las tocas de vuestra Madre,
y el heno de aquellos bueyes.

¡Qué vergüenza le daría

al Cordero santo el verse,
siendo tan honesto y casto,
60 desnudo entre tanta gente!

¡Ay divina Madre suya!,
si agora llegáis a verle
en tan miserable estado,
¿quién ha de haber que os consuele?

65 Mirad, Reina de los cielos,
si el mismo Señor es éste,
cuyas carnes parecían
de azucenas y claveles.

70 Mas, ¡ay Madre de piedad!,
que sobre la cruz le tienden,
para tomar la medida
por donde los clavos entren.

75 ¡Oh terrible desatino!,
medir al inmenso quieren,
pero bien cabrá en la cruz
el que cupo en el pesebre.

80 Ya Jesús está de espaldas,
y tantas penas padece,
que con ser la cruz tan dura,
ya por descanso la tiene.

Alma de pórfido y mármol,
mientras en tus vicios duermes,
dura cama tiene Cristo,
no te despierte la muerte.

Romance XII

A Cristo de la cruz.

¿Quién es aquel Caballero
herido por tantas partes,
que está de expirar tan cerca,
y no le socorre nadie?

«Jesús Nazareno» dice
aquel rótulo notable.
 Ay Dios, que tan dulce nombre
no promete muerte infame!

10
Después del nombre y la patria,
Rey dice más adelante,
pues si es rey,  cu ndo de espinas
han usado coronarse?

15
Dos cetros tiene en las manos,
mas nunca he visto que claven
a los reyes en los cetros
los vasallos desleales.

20
Unos dicen que si es Rey,
de la cruz descienda y baje;
y otros, que salvando a muchos,
a sí no puede salvarse.

De luto se cubre el cielo,
y el sol de sangriento esmalte,
o padece Dios, o el mundo
se disuelve y se deshace.

25
Al pie de la cruz, María
est  en dolor constante,
mirando al Sol que se pone
entre arboles de sangre.

30
Con ella su amado primo
haciendo sus ojos mares,
Cristo los pone en los dos,
más tierno porque se parte.

35
 Oh lo que sienten los tres!
Juan, como primo y amante,
como madre la de Dios,
y lo que Dios, Dios lo sabe.

Alma, mirad cómo Cristo,
para partirse a su Padre,
viendo que a su Madre deja,

40

le dice palabras tales:

Mujer, ves ahí a tu hijo
y a Juan: Ves ahí tu Madre.
Juan queda en lugar de Cristo,
¡ay Dios, qué favor tan grande!

45

Viendo, pues, Jesús que todo
ya comenzaba a acabarse,
Sed tengo, dijo, que tiene
sed de que el hombre se salve.

50

Corrió un hombre y puso luego
a sus labios celestiales
en una caña una esponja
llena de hiel y vinagre.

55

¿En la boca de Jesús
pones hiel?, hombre, ¿qué haces?

Mira que por ese cielo
de Dios las palabras salen.

60

Advierte que en ella puso
con sus pechos virginales
una ave su blanca leche

a cuya dulzura sabe.

Alma, sus labios divinos,
cuando vamos a rogarle,
¿cómo con vinagre y hiel
darán respuesta süave?

65

Llegad a la Virgen bella,
y decirle con el ángel:
«Ave, quitad su amargura,
pues que de gracia sois Ave».

70

Sepa al vientre el fruto santo,
y a la dulce palma el dátil;
si tiene el alma a la puerta
no tengan hiel los umbrales.

75 Y si dais leche a Bernardo,
porque de madre os alabe,
mejor Jesús la merece,
pues Madre de Dios os hace.

80 Dulcísimo Cristo mío,
aunque esos labios se bañen
en hiel de mis graves culpas,
Dios sois, como Dios habladme.

Habladme, dulce Jesús,
antes que la lengua os falte,
no os descendan de la cruz
sin hablarme y perdonarme.

Romance XIV
A la muerte de Cristo
nuestro señor.

La tarde se escurecía
entre la una y las dos,
que viendo que el Sol se muere,
se vistió de luto el sol.

5 Tinieblas cubren los aires,
las piedras de dos en dos
se rompen unas con otras,
y el pecho del hombre no.

10 Los ángeles de paz lloran
con tan amargo dolor,
que los cielos y la tierra
conocen que muere Dios.

15 Cuando está Cristo en la cruz
diciendo al Padre, Señor,
¿por qué me bas desamparado?
¡ay Dios, qué tierna razón!,

20 ¿qué sentiría su Madre,
cuando tal palabra oyó,
viendo que su Hijo dice

que Dios le desamparó?

No lloréis Virgen piadosa,
que aunque se va vuestro Amor,
antes que pasen tres días
volverá a verse con vos.

25

¿Pero cómo las entrañas,
que nueve meses vivió,
verán que corta la muerte
fruto de tal bendición?

30

«¡Ay Hijo!, la Virgen dice,
¿qué madre vio como yo
tantas espadas sangrientas
traspasar su corazón?

35

¿Dónde está vuestra hermosura?
¿quién los ojos eclipsó,
donde se miraba el Cielo
como de su mismo Autor?

40

Partamos, dulce Jesús,
el cáliz desta pasión,
que Vos le bebéis de sangre,
y yo de pena y dolor.

45

¿De qué me sirvió guardaros
de aquel Rey que os persiguió,
si al fin os quitan la vida
vuestros enemigos hoy?»

Esto diciendo la Virgen
Cristo el espíritu dio;
alma, si no eres de piedra
llora, pues la culpa soy.

Soneto

El humo que formó cuerpo fingido,
que cuando está más denso para en nada;
el viento que pasó con fuerza airada
y que no pudo ser en red cogido;

5

el polvo en la región desvanecido
de la primera nube dilatada;
la sombra que, la forma al cuerpo hurtada,
dejó de ser, habiéndose partido,

10

son las palabras de mujer. Si viene

cualquiera novedad, tanto le asombra,
que ni lealtad ni amor ni fe mantiene.

Mudanza ya, que no mujer, se nombra,
pues cuando más segura, quien la tiene,
tiene polvo, humo, nada, viento y sombra.

Soneto

*Multum legendum,
sed non multa.
(Plin. Iun. lib. 6)*

Libros, quien os conoce y os entiende,
¿cómo puede llamarse desdichado?
Si bien la protección que le ha faltado
el templo de la fama le defiende.

5

Aquí su libertad el alma extiende
y el ingenio se alienta dilatado,
que, del profano vulgo retirado,
en sólo amor de la virtud se enciende.

10

Ame, pretenda, viva el que prefiere

el gusto, el oro, el ocio al bien que sigo,
pues todo muere, si el sujeto muere.

¡Oh estudio liberal, discreto amigo,
que sólo hablas lo que un hombre quiere,
por ti he vivido, moriré contigo!

Soneto

*Castitas res est.
(Angelica. Chrisost.)*

La calidad elemental resiste
mi amor, que a la virtud celeste aspira,

y en las mentes angélicas se mira,
donde la idea del calor consiste.

5

No ya como elemento el fuego viste
el alma, cuyo vuelo al sol admira,
que de inferiores mundos se retira,
adonde el querubín ardiendo asiste.

10

No puede elementar fuego abrasarme;
la virtud celestial, que vivifica,
envidia el verme a la suprema alzarme.

Que donde el fuego angélico me aplica,
¿cómo podrá mortal poder tocarme?
Que eterno y fin contradicción implica.

Guzmán el bravo

Vengada la hermosa Filis
de los agravios de Fabio
a verle viene al aldea
enfermo de desengaños.

5

A ruego de los pastores
baja de su monte al prado,
que como se ve querida
da a entender que la forzaron.

10

Eso mismo que desea,
quiere que la estén rogando,
que sube al gusto los precios
amor conforme a los años.

15

Huyóse Fabio celoso,
pensó Fabio hallar sagrado,
pero hay estados de amor
que está en el remedio el daño.

20

¡Desdichado del que llega
a tiempo tan desdichado
que le matan los remedios

con que muchos quedan sanos!

En fin, a Fabio rendido
viene a ver su dueño ingrato,
alegre porque es amor
en las venganzas villano.

25

No va sin galas a verle,
aunque pudiera escusarlo,
que la mayor hermosura
no deja en casa el cuidado.

30

Lleva de palmilla verde
saya y sayuelo bizarro,
con pasamanos de plata
si en ellos pone las manos.

35

No lleva cosa en el cuello
que Fabio le hubiese dado,
porque no entienda que viven
memorias de sus regalos.

40

Joyas lleva que él no ha visto,
no porque le ha hecho agravio,
mas porque sepan ausencias
que no está seguro el campo.

45

Con una cinta de cifras
lleva el cabello apretado,
que quien gusta de dar celos
se vale de mil engaños.

50

En argentadas chinelas
listones lleva, admirados
de que quepan tantos bríos
en tan pequeños espacios.

Llegó Filis al aldea,
entró en su casa de Fabio,
55
los pastores la reciben
como al sol los montes altos.

Dando perlas con la risa
extiende a todos los brazos,
que gana mares de amor
60
y da perlas de barato.

Apenas Fabio la mira
cuando a un tiempo se bañaron
el alma en pura alegría,
los ojos en tierno llanto.

65
No hablaron los dos tan presto,
aunque los ojos hablaron,
Filis porque no quería,
Fabio porque quiere tanto.

70
Cuando en esta suspensión
los dos se encuentran mirando
a un tiempo bajan los ojos
como que envidian de falso.

Habló Filis y tuvieron
alma de coral sus labios,
75
que ver humilde al rendido
hace piadoso al vengado.

A Fabio culpa le pone
que es error hacer, amando,
con la lengua valentías,
80
si el alma no tiene manos.

Él responde y se disculpa,
que viendo cerca los brazos,
pide perdón ofendido
quien ama desengañado.

Claro cisne del Betis, que sonoro
y grave, ennobleciste el instrumento
más dulce, que ilustró músico acento,
bañando en ámbar puro el arco de oro,

5

a ti lira, a ti el castalio coro
debe su honor, su fama y su ornamento,
único al siglo y a la envidia exento,
vencida, si no muda, en tu decoro.

10

Los que por tu defensa escriben sumas,
propias ostentaciones solicitan,
dando a tu inmenso mar viles espumas.

Los ícaros defienda, que te imitan,
que como acercan a tu sol las plumas
de tu divina luz se precipitan.

Soneto

Amor con tan honesto pensamiento
arde en mi pecho, y con tan dulce pena,
que haciendo grave honor de la condena,
para cantar me sirve de instrumento.

5

No al fuego, al celestial atento,
en alabanza de Amarilis suena
con esta voz, que el curso al agua enfrena,
mueve la selva y enamora el viento.

10

La luz primera del primero día,
luego que el sol nació, toda la encierra,
círculo ardiente de su lumbre pura,
y así también, cuando tu sol nacía,
todas las hermosuras de la tierra
remitieron su luz a tu hermosura.

Soneto

Canta Amarilis, y su voz levanta
mi alma desde el orbe de la luna
a las inteligencias, que ninguna
la suya imita con dulzura tanta.

5

De su número luego me trasplanta
a la unidad, que por sí misma es una,
y cual si fuera de su coro alguna,
alaba su grandeza cuando canta.

10

Apártame del mundo tal distancia,
que el pensamiento en su Hacedor termina,
mano, destreza, voz y consonancia.

Y es argumento que su voz divina
algo tiene de angélica sustancia,
pues a contemplación tan alta inclina.

Soneto

Beatus quí invenít amicum verum
Eccl., cap.35

Yo dije siempre, y lo diré, y lo digo,
que es la amistad el bien mayor humano;
mas ¿qué español, qué griego, qué romano
nos ha de dar este perfeto amigo?

5

Alabo, reverencio, amo, bendigo
aquel a quien el cielo soberano
dio un amigo perfeto, y no es en vano;
que fue, confieso, liberal conmigo.

10

Tener un grande amigo y obligalle
es el último bien, y por querelle,
el alma, el bien y el mal comunicalle;

mas yo quiero vivir sin conocelle;
que no quiero la gloria de ganalle
por no tener el miedo de perdelle.

A la venida de los ingleses a Cádiz.

Atrevióse el inglés, de engaño armado,
porque el león de España vió en el nido
las uñas en el ámbar y vestido
en vez de pieles del tusón dorado.

5

Con débil caña, no con fresno herrado
vió a Marte en forma de español Cupido
volar y herir en el jinete herido
del acicate en púrpura bañado.

10

Armó cien naves y emprendió la falda

de España asir por las arenas solas
dol mar cuyo cristal ciñe esmeraldas,

mas viendo en las colunas españolas
la sombra del león, volvió la espalda
sembrando las banderas por las olas

Soliloquio I

Dulce Jesús de mi vida,
¡qué dije!, espera, no os vais:
que no es bien que vos seáis
de una vida tan perdida.

5

Pero si no sois de mí,
yo, mi Jesús, soy de vos,
porque quiero hallar en Dios
esto que sin Dios perdí.

10

Mas ya vuelvo a suplicaros

que de mi vida seáis:
que si vos no me la dais,
no tendré vida que daros.

15

Deseo daros mi vida,
y sin vos no es daros nada,

porque con vos va ganada,
cuanto sin vos va perdida.

20

Muérome de puro amor
por llamaros vida mía:
que la que sin vos perdía,

ya no la tengo, Señor.

Pues vuestra piedad me adiestra
como a oveja reducida,
quiero llamaros mi vida,
aunque he sido muerte vuestra.

25

Vida mía, en este día
me habréis de hacer un favor;
¡oh, qué bien me va, Señor,
con llamaros vida mía!

30

Luego que vida os llamé,
a pedirlos me atreví,
porque el regalo sentí
que en vuestro brazos hallé.

35

Y es que jamás permitáis
que otra vida sin vos tenga:
que no es bien que a vivir venga
vida donde vos no estáis.

40

¡Ay Jesús! ¿Cómo viví
sólo un momento sin vos?
Porque si la vida es Dios,
¿qué vida quedaba en mí?

45

¿Qué cosas tuve por vida
tan miserables y tristes!
¿Es posible que pudistes
sufrir cosa tan perdida?
Pero sospecho, mi Dios,
que fue permitirlo así,
para que vieses en mí
qué sufrimiento hay en vos.

50

Pero no lo habéis perdido,
¡oh soberana piedad!,
pues conozco mi maldad
por lo que me habéis sufrido.

Porque sé de aquel vivir,
como si Dios no tuviera:

55

que quien menos que Dios fuera
no me pudiera sufrir.

¡Qué de veces os negué
por confesar mi locura
a la fingida hermosura,

60

donde no hay verdad ni fe!

Si la vuestra en la cruz viera,
¡ay Dios y cuánto os amara!
¡Qué de lágrimas llorara,
qué de amores os dijera!

65

No sé, mi bien, qué os tenéis,
que todo me enamoráis,
o es que, como abierto estáis,
mostráis lo que me queréis.

Amenazado de vos,

70

parece que no os temí,
y lleno de sangre sí;
decid, ¿qué es esto, mi Dios?

¡Oh qué divinos colores
os hace esa sangre fría!

75

¡Oh cómo estáis, vida mía,
para deciros amores!

A mis soledades voy

(Acto I)

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos

5

No sé qué tiene la aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo
no puedo venir más lejos.

10 Ni estoy bien ni mal conmigo;
mas dice mi entendimiento
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.

15 Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo
cómo se sufre a sí mismo
un ignorante soberbio.

20 De cuantas cosas me cansan,
fácilmente me defiendo;
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.

El dirá que yo lo soy,
pero con falso argumento;
que humildad y necesidad
no caben en un sujeto.

25 La diferencia conozco,
porque en él y en mí contemplo,
su locura en su arrogancia,
mi humildad en su desprecio.

30 O sabe naturaleza
más que supo en otro tiempo,
o tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.

35 Sólo sé que no sé nada,
dixo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adonde lo más es menos.

40 No me precio de entendido,
de desdichado me precio;
que los que no son dichosos,
¿cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo,

porque dicen, y lo creo,
que suena a vidrio quebrado
y que ha de romperse presto.

45

Señales con del juicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de más
otros por carta de menos.

50

Dijeron que antiguamente
se fue la verdad al cielo;
tal la pusieron los hombres
que desde entonces no han vuelto.

55

En dos edades vivimos
los propios y los ajenos:

la de plata los extraños
y la de cobre los nuestros.

60

¿A quién no dará cuidado
si es español verdadero,
ver los hombres a lo antiguo

y valor a lo moderno?

65

Dixo dios que comería
su pan el hombre primero
con el sudor de su cara
por quebrar su mandamiento.

Y algunos, inobedientes
a la vergüenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efectos.

70

Virtud y filosofía

peregrinan como ciegos;
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.

75

Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento;

la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.

Oigo tañer las campanas,
y no me espanto, aunque puedo,
que en lugar de tantas cruces

80

haya tantos hombres muertos.

Mirando estoy los sepulcros
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua
que no lo fueron sus dueños.

85

¡Oh, bien haya quien los hizo,
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños!

Fea pintan a la envidia,

90

yo confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quién vive pared en medio.

Sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos,

95

cuando quieren escribir
piden prestado el tintero.

Sin ser pobres ni ser ricos,
tienen chimenea y huerto;
no los despiertan cuidados,

100

ni pretensiones, ni pleitos.

Ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño,
nunca, como yo, firmaron
parabién, ni pascua dieron.

105

Con esta envidia que digo
y lo que paso en silencio,
a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

Pobre barquilla mia

(Acto III)

¡Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola!

5

¿Adónde vas perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.

10

Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra,
y al fiero mar te arrojas.

15

Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en la defensas,
incitas a las ondas.

20

Advierte que te llevan
a dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
nafragio de las honras.

25

Cuando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las ira procelosas.

30

Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni se estima la perla

hasta dejar la concha.

35 Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.

40 No mires los ejemplos
de las que van y tornan,
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.

Para los altos mares
no llevas, cautelosa,
ni velas de mentiras,
ni remos de lisonjas.

45 ¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa:
que presumir de nave
fortunas ocasiona.

50 ¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
azote son del viento
y de las aguas sombra?

55 ¿en qué gavia descubres,
del árbol alta copa,
la tierra en perspectiva,
del mar incultas orlas?

60 ¿En qué celajes fundas
que es bien echar la sonda,
cuando, perdido el rumbo,
erraste la derrota?

Si te sepulta arena,
¿qué sirve fama heroica?
Que nunca desdichados
sus pensamientos logran.

65

¿Qué importa que te ciñan
ramas verde o rojas,
que en selvas de corales
salado césped brota?

70 Laureles de la orilla
solamente coronan
navíos de alto bordo
que jarcias de oro adornan.

75 No quieras que yo sea,
por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros
que los laureles lloran.

80 Pasaron ya los tiempos
cuando lamiendo rosas
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.

Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan
que, salpicando estrellas,
del sol la frente mojan.

85 Ya los valientes rayos
de la vulcana forja,
en vez de torres altas,
abrasan pobres chozas.

90 Contenta con tus redes,
a la playa arenosa
mojado me sacabas;
pero vivo, ¿qué importa?

95 Cuando de rojo nácar
se afeitaba la aurora,
más peces te llenaban
que ella lloraba aljófár.

Al bello sol que adoro
enjuta ya la ropa,
nos daba una cabaña

100

la cama de sus hojas.

Esposo me llamaba,
yo la llamaba esposa,
parándose de envidia
la celestial antorcha.

105

Sin pleito, sin disgusto,
la muerte nos divorcia;
¡ay de la pobre barca
que en lágrimas se ahoga!

110

Quedad sobre la arena,
inútiles escotas,
que no ha menester velas
quien a su bien no torna.

115

Si con eternas plantas
las fixas luces doras,
¡oh dueño de mi barca!,
y en dulce paz reposas.

120

Merezca que le pidas
al bien que eterno gozas
que adonde estás me lleve,
más pura y más hermosa.

125

Mi honesto amor te obligue,
que no es digna victoria
para quejas humanas
ser las deidades sordas.

Mas, ¡ay!, que no me escuchas.
pero la vida es corta:
viviendo, todo falta;
muriendo, todo sobra.

Desconfianza de sus versos

Los que en sonoro verso y dulce rima
hacéis conceto de escuchar poeta

versificante en forma de estafeta,
que a toda dirección número imprima,

5

oíd de un caos la materia prima,
no culta como cifras de receta,
que en lengua pura, fácil, limpia y neta,
yo invento, Amor escribe, el tiempo lima.

10

Éstas, en fin, reliquias de la llama

dulce que me abrasó, si de provecho
nu fueren a la venta, ni a la fama,

sea mi dicha tal, que, a su despecho,
me traiga en el cartón quien me desama:
que basta por laurel su hermoso pecho.

Soneto

Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa,
sin dejarme vivir, vive serena
aquella luz, que fue mi gloria y pena,
y me hace guerra, cuando en paz reposa.

5

Tan vivo está el jazmín, la pura rosa,
que, blandamente ardiendo en azucena,
me abrasa el alma de memorias llena:
ceniza de su fénix amorosa.

10

¡Oh memoria cruel de mis enojos!,

¿qué honor te puede dar mi sentimiento,
en polvo convertidos sus despojos?

Permíteme callar sólo un momento:
que ya no tienen lágrimas mis ojos...
ni conceptos de amor mi pensamiento.

Desea afratelarse, y no le admiten

Muérome por llamar Juanilla a Juana,
que son de tierno amor afectos vivos,

y la cruel, con ojos fugitivos,
hace papel de yegua galiciana.

5

Pues Juana, agora que eres flor temprana,
admite los requiebros primitivos,
porque no vienen bien diminutivos
después que una persona se avellana.

10

Para advertir tu condición extraña,
más de alguna juanaza de la villa
del engaño en que estás te desengaña.

Créeme, Juana, y llámate juanilla;
mira que la mejor parte de España
pudiendo Casta, se llamó Castilla.

La pulga, falsamente atribuida a Lope

Picó atrevido un átomo viviente
los blancos pechos de Leonor hermosa,
granate en perlas, arador en rosa,
breve lunar del invisible diente.

5

Ella dos puntas de marfil luciente,
con súbita inquietud, bañó quejosa,
y torciendo su vida bulliciosa,
en un castigo dos venganzas siente.

10

Al expirar la pulga, dijo: «¡Ay, triste,
por tan pequeño mal dolor tan fuerte!»
«¡Oh pulga!«, - dije yo -, dichosa fuiste.

Detén el alma, y a Leonor advierte
que me deje picar donde estuviste,
y trocaré mi vida con tu muerte».

Tres sonetos de Laurel de Apolo

Boscán, tardo llegamos -. ¿Hay posada?
- Llamad desde la posta, Garcilaso.

- ¿Quién es? - Dos caballeros del Parnaso.
- No hay dondo nocturnar palestra armada.

5

- No entiendo lo que dice la criada.
Madona, ¿qué decís? - Que afecten paso,
que obstenta limbos el mentido ocaso
y el sol depingen la porción rosada.

10

- ¿Estás en ti, mujer? - Negóse al tino
el ambulante huesped -. ¡Que en tan poco
tiempo tal lengua entre cristianos haya!

Boscán, perdido habemos el camino,
preguntad por Castilla, que estoy loco
o no habemos salido de Vizcaya.

Anticipó la púrpura olorosa
un temprano clavel; Fabio admirado
dijo a Fenisa que bajaba al prado:
«Corta su breve vida, Parca hermosa.»

5

«Lástima fuera», respondió piadosa,
y dejóle con vida y enojado
y Fabio de sus labios engañado
dejó el clavel y respetó la rosa.

10

¡Ay, necio Fabio! La siguiente aurora,
de un etiope vil la negra mano,
en el jardín entrándose a deshora,
cortó el clavel y le gozó tirano.
Así perdida la ocasión se llora
y al más indigno se defiende en vano.

Seyano, a leves culpas graves penas,
valor piden a un pecho generoso;
o tenerle o morir será forzoso
o trasladar la patria a las ajenas.

5

Peligrosas aquí, dulces sirenas
mejores son que el ocio perezoso,
que es menos mal el golfo proceloso

que solas en la playa las arenas.

10 Mas tú no vives solo, acompañado

aunque te fueras al opuesto polo,
de tu agravio, tu amor y tu cuidado;

que quien está, desde que nace Apolo,
de tantos pensamientos ocupado,
¿cómo puede decir que vive solo?

El siglo de oro

Silva moral

5 Fábrica de la inmensa arquitectura
de este mundo inferior que el hombre imita,
pues como punto indivisible encierra
de su circunferencia la hermosura,

y copiose la tierra
de cuanto en ella habita,
con tantos peregrinos ornamentos,
llenos los tres primeros elementos
de peces, fieras y aves, que vivían

10 de toda ley exentos,
si bien al hombre en paz reconocían.
Aun no pálido el oro,
porque nadie buscaba su tesoro,
y el diamante tan bruto, aunque brillante,

15 que más era peñasco que diamante;
los árboles sembrados de colores,
y los prados de flores,
buscando los arroyos sonoros
en arenosas calles;

20 por las oblicuas señas de los valles
los ríos caudalosos,
y soberbios los ríos,
entre bosques sombríos,
vestidos de cristales transparentes,

25 sin volver la cabeza a ver sus fuentes,
anhelando a Oceanos,
perdiendo en él sus pensamientos vanos,
y sin temor alguno
de verse el tridentífero Neptuno

30

oprimido del peso de las naves,
abriendo sendas por sus ondas graves
los hijos de los montes
excelsos pinos y labradas hayas,
para pasar por varios horizontes

35

a las remotas playas
de climas abrasados,
frígidos o templados.
Ni el caballo animoso relinchaba
al son de la trompeta,

40

ni, la cerviz sujeta
al yugo, el tardo buey el campo araba,
que sin romper la cara de la tierra,
con natural impulso producía
cuanto su pecho generoso encierra,

45

que como en la primera edad vivía,
con desorden florida y balbuciente
daba pródigamente
con fértil abundancia
al mundo su riqueza,

50

porque, como mujer, naturaleza
es más hermosa en la primera infancia.
No haciendo distinción de tiempo alguno,
daba flores Vertuno
con diferentes frutas primitivas;

55

las parras y pacíficas olivas
y la dodónea encina, por la rubia
Ceres, que no tenía
necesidad de lluvia,
y de su misma caña renacía,

60

matizando los campos de violetas,
de rosas y de cándidas mosquetas,
no de otra suerte, que la alfombra pinta
el tracio con la seda de colores,
en cada rueda de labor distinta,

65

arábicos caracteres y flores,
que la naturaleza aun no pensaba,
que el arte su pincel perficionaba.
A la parte oriental, Euro tendía
las alas vagorosas,

70

el austro y mediodía,
y Bóreas fiera a las distantes osas
por el Septentrión temor ponía;
el sol por sus dorados paralelos
comenzaba el camino de los cielos,

75

que por no diestra del calor la copia
blanca Alemania fue negra Etiopia,
cuya eclíptica de oro no sabía
el nombre de los signos que tenía,
ni en su campo pensó que espigas de oro

80

paciera el Aries y rumiara el Toro.
La casta luna en su argentado plaustro
no se mostraba al austro
lluviosa, alternativas las dos puntas,
una a la tierra y otra al claro cielo,

85

sino pidiendo con las manos juntas
calor al sol para su eterno hielo;
sin temer el piloto en los confines
del vasto mar astrólogos delfines,
que, pacífico rey de su elemento,

90

se imaginaba superior al viento.
Los hombres por las selvas discurrían,
amando sólo el dueño que tenían,
sin intereses, sin celos.
¡Oh dulces tiempos, oh piadosos cielos!

95

Allí no adulteraba la hermosura
el marfil de su cándida figura,
ni la fingida nieve
y el bastardo carmín daban al arte
lo que naturaleza no se atreve;

100

ni a Venus bella en conjunción de Marte
al cielo el sol celoso descubría,
ni en Chipre se vendía
amor artificial: ¡Oh siglo de oro,
de nuestra humana vida desengaño,

105

si vieras tanto engaño,
tan poca fe, tan bárbaro decoro!
Todo era amor suave, honesto y puro,
todo limpio y seguro,
tanto, que parecía

110

una misma armonía
la del cielo y el suelo
que aspiraba a juntarse con el cielo.

115 En este tiempo de los altos coros
hermosa virgen con real ornato
bajó a la tierra, que adoró el retrato
de Júpiter divino, y por los poros
de sus fértiles venas
vertió blancos racimos de azucenas.
Y las fuentes sonoras
120 provocaban las aves
a canciones suaves
en las del verde abril frescas auroras,
que del son de las aguas aprendieron
cuantos después cromáticos supieron.
125 Venía una castísima doncella,
vestida de una túnica esplendente,
sembrada de otras muchas, siendo estrella,
y una corona en la espaciosa frente,
cuya labor y auríferos espacios
130 ocupaban jacintos y topacios.
Los coturnos con lazos carmesíes
forjaban esmeraldas y rubíes
que descubría el céfiro suave
de la fimbria talar con pompa grave;
135 un ardiente crisólito la planta
para estamparla en tierra pura y santa.
No sale de otra suerte por el cielo
con frente de marfil y pies de hielo
la cándida mañana,
140 guarneciendo de plata sobre grana
la capa de zafiros,
de las sombras somníferos retiros,
y volviendo de inmensas pesadumbres
reflejos a sus mismas claridades,
145 de montes y ciudades,
cúpulas altas de gigantes cumbres
a la noche tenía
en negro empeño hasta el futuro día.
Los hombres, admirados
150

de ver tanta hermosura,
preguntaron quién era,
no habiendo visto por los tres estados
del aire exhalación tan viva y pura
ni pájaro raro, que pudiera
155
ceñir la frente de tan rica esfera,
ni dar tales asombros
resplandecer sus hombros
con alas de oro, plumas de diamantes
no conocidos antes,
160
y aun presumir la admiración pudiera,
que el sol bajaba de su ardiente esfera
a vivir con los hombres como Apolo,
viéndose arriba, como sol, tan sólo.
Entonces, de sí misma esclarecida,
165
la hermosa reina a su piadoso ruego,
por una rosa de rubí partida,
en el jardín angélico nacida,
«Yo soy, les dijo, la Verdad», y luego,
como dormida en celestial sosiego
170
quedó la tierra en paz, que alegre tuvo
mientras con ella la Verdad estuvo,
que cuanto en ella vive
su misma luz y claridad recibe.
Pero felicidad tan soberana
175
poco duró por la soberbia humana,
porque en países de diversos nombres,
por cuanto el mar abraza,
en esta universal del mundo plaza
el número creciendo de los hombres,
180
desvanecido el suelo
presumió desquiciar la puerta al cielo,
y habiendo ya ciudades
y fábricas de inmensos edificios,
con armas en los altos frontispicios,
185
comenzaron con bárbaras crueldades,
intereses, envidias, injusticias,
los adulterios, logros y codicias,
los robos, homicidios y desgracias,
y no contentos ya de aristocracias,
190

emprendieron llegar a monarquías.
La púrpura engendró las tiranías,
nació la guerra en brazos de la muerte,
los campos dividieron fuerza o suerte,
dispuso la traición el blanco acero

195

para verter su propia sangre humana,
y fue la envidia el agresor primero,
y procedió la ingratitude villana
del mismo bien a tantos vicios madre,
infame hija de tan noble padre.

200

Bañó la ley la pluma
en pura sangre para tanta suma,
que excede su papel todas las ciencias.
Tales son las humanas diferencias.
Pero por ser los párrafos primeros

205

y ser los hombres como libres, fieros,
no siendo obedecidas,
quitaron las haciendas y las vidas
a sus propios hermanos y vecinos
y hicieron las venganzas desatinos,

210

porque, dormidos los jueces sabios,
castiga el ofendido sus agravios.
Robaban las doncellas generosas
para amigas, a título de esposas,
traidores a su amigo,

215

y todo se quedaba sin castigo,
que muchos que temieron
por no perder las varas, las torcieron,
y muchos que tomaron,
pensando enderezallas las quebraron.

220

¡Oh favor de lo reyes!
Del sol reciben rayos las estrellas;
telas de araña llaman a las leyes,
el pequeño animal se queda en ellas
y el fuerte las quebranta.

225

¡Ay del señor que a sus vasallos deja
al cielo remitir la justa queja!
Viendo pues la divina Verdad santa
la tierra en tal estado,
el rico idolatrado,

230

el pobre miserable,
a quien ni aun el morir es favorable,
mientras más voces da, menos oído;
el sabio aborrecido,
escuchado y premiado el lisonjero,
235
vencedor el dinero,
José vendido por el propio hermano,
lástima y burla del estado humano,
y entre la confusión de tanto estruendo
Demócrito riendo,
240
Heráclito llorando,
la muerte no temida
y para el sueño de tan breve vida
el hombre edificando,
ignorando la ley de la partida,
245
con presuroso vuelo
subióse en hombros de sí misma al cielo.

Huerto deshecho

Metro Lírico

Al ilustrísimo señor Don Luis de Haro

Haro, de la alta esfera
gloria, y honor del monte de Helicon,
donde mejor pudiera
mover el sol su espléndida corona
5
y con mayor eclíptico decoro
que en sus eternos paralelos de oro

oye con rostro afable
no de Marte el furor, ni las fortunas
del mar inexorable,
10
que entre lares domésticos algunas
suelen causar al sentimiento efetos
que el genio obligan a formar concetos.

Antiguamente fueron
dignos los huertos, si las flores amas,
15
del honor que les dieron
los griegos y latinos epigramas,

vivas estatuas cuya ilustre pompa
no hay fuerza de los siglos que la rompa.

Quejábase la tierra

20

en su principio, que el celeste manto
tanta hermosura encierra,
y Júpiter, que amó las selvas tanto,
porque no pudo darle luces bellas
las flores igualó con las estrellas.

25

En el laurel constante
vivió ninfa gentil; celosa ardía
Clicie, de Febo amante;
a Narciso mató su filautía;
joven era el jacinto, y las hermosas

30

plantas de Venus purpuraron rosas.

El fruto del discreto
moral, sangre de Píramo colora;
con tierno y dulce afeto
la madre del Amor a Adonis llora.

35

Tú, pues tuvieron almas, oye en tanto
que lloran flores los que dellas canto.

En la primera parte
de la tiniebla en que la noche fría
su oscuro imperio parte,

40

los temerosos párpados abría
con luz intercadente y breve el cielo,
manchado a nubes el purpúreo velo.

Sólo en silencio mudo
a sí misma la Noche se escuchaba,

45

y en el informe y rudo
principio estar segunda vez juzgaba
cuantas naturalezas tienen forma
del claro sol que su materia informa.

Temblaba de la tierra

50

la cara que afeitaron tantas flores,
amenazando guerra
la caja de los Polos tronadores

y las columnas que los arcos fían
cañones de cristal estremecían,

55

cuando de los terrenos,
húmedos monstruos, que el planeta cuarto
engendra por los senos
nubíferos, ya rotos, brama el parto,
silbando por el viento y polvo ciego

60

en selvas de agua, víboras de fuego.

Tantas balas de nieve
escupe la invisible artillería,
y tantos mares llueve,
que parece que en ira y en porfía

65

con nueva injuria a los gigantes fragua
en Etnas de temor sepulcros de agua.

Alivio de mis males,
Mísero huertecillo, que dormía
libre de penas tales,

70

sus flores acechando el alba al día
para abrir de pimpollos tanta suma,
y yo su luz para tomar la pluma,

a un tiempo nos quejamos
él con la voz, de que le roba el viento

75

las flores y los ramos,
y yo de ver que en su furor violento
no respetase Júpiter airado
la verde oliva y el laurel sagrado.

Fulminaba tronantes

80

rayos al mundo el celestial teatro
que bordaron diamantes,
y uno en furor los elementos cuatro,
pensaron que el motor que los gobierna
desengarzaba la cadena eterna.

85

No bien la blanca aurora
los jazmines del pie puso en la plata
del coturno que dora

al tiempo que con la luz el sol los ata,
cuando salí por ver qué fruto alcanza

90

la fe con que sembré tanta esperanza.

No siente más fatigas
mísero labrador cuyo sembrado
coronaban espigas
cuando miró las líneas del arado

95

su primero sudor, y del novillo
limpias las eras y burlado el trillo,

que yo mi inútil huerto,
robado como Hespérides de Alcides,
y en el campo desierto

100

otra Numancia de árboles y vides,
un Sagunto de flores y retamas,
las piedras hojas y los muros ramas.

Sobre mojados limos,
Troyas de manutisas y claveles,

105

pámpanos y racimos
de un cenador, ya título, doseles,
porque le puso el tiempo en alto estado,
la arena de sus pies hicieron prado.

Cual suele de mañana

110

antes de consultar el claro espejo,
sin falsa nieve y grana,
salir la dama en pálido bosquejo,
que desmintió lo que mentido había,
a la noche clavel y lirio al día;

115

y ya huésped extraño,
su amante apenas sabe consolarse,
y llamándose a engaño,
más solicita el irse que el quedarse,
así mi huerto en el lluvioso abismo

120

amaneció mentira de sí mismo.

Un árbol cuyo fruto
desatados corales imitaba,

125 volvió la pompa en luto
vengándose un jazmín que le envidiaba,

y le deja esqueleto así, y le priva
del alma natural vegetativa.

130 ¡Condición arrogante!
¡que no sufras, jazmín, que las mayores
plantas estén delante

porque tu verde red salpiquen flores,
sabiendo que crecer ni vivir puedes,
a no tenerte en brazos las paredes!

135 La vividora hiedra
¿qué hiciera el laberinto de sus lazos,

si amante, con ser piedra,
piadoso el muro no le diera abrazos?
O ¿cómo, no trepando al verde colmo
fuera la vid tan alta como el olmo?

140 Cuanto el cielo sustenta
precisa ha menester defensa alguna;
todo el favor lo aumenta;
hasta el inmenso mar crece en la luna;
que nunca vi medrar, o es monstruo raro,
planta sin sol ni ingenio sin amparo.

145 Cual quedan en la guerra
manoplas, golas, petos y celadas
sembrados por la tierra,
y entre el sangriento humor rotas espadas,
así del viento bárbaros rigores

150 rompieron ramas y sembraron flores.

Suspense yo le dije:
¿Qué es esto, huertecillo? ¿Qué fortuna
tan áspera te aflige?
155 ¿Cuánto la envidia en humildad ninguna

fue tan cruel? ¿Si el verte tan florido
el exorcismo desta nube ha sido?

¿Qué mucho que desprive

la envidia al siete veces cónsul Mario
y que al suelo derribe
160 la gloria militar de Belisario?
¡Mas tú, mas yo, venganzas tan crueles!
¿Por qué triunfos, jardín? ¿por qué laureles?

Si fueras el hibleo
de España, Aranjüez, no me admirara
165 que su feroz deseo
en tu rëal grandeza ejecutara;
mas átomo pensil, verte me admiro
el verde blanco de su helado tiro.

Consuélate conmigo,
170 que después de dos años pretendiente, -
los servicios no digo,
que fuera memorial impertinente;
basta que sepas tú que me pareces,
pues que te pierdes más cuanto más creces, -

175 áspero torbellino,
armado de rigores y venganzas,
súbitamente vino
a deshojar mis verdes esperanzas,
haciendo el suelo alfombra de colores

180 tantas hojas escritas como flores.

No fuera el gran monarca,
porque viviera yo, menor planeta,
pues cuanta tierra abarca
y ciñe el mar se le rindió sujeta,
185 que iguales mira al águila y algrillo
aquel topacio del celeste anillo.

Corre sin desclavarse
del folio de zafir, alma del mundo,
múdase sin mudarse,
190 de la naturaleza autor segundo,
rey de la luz con paz de su armonía,
hacha inmortal donde se encierra el día.

195 Si bien hay tierra adonde
ni aun con oblicuos rayos su grandeza

a su nadir responde,
tal es de mi fortuna la aspereza,
que no me alcanza el sol, ni me ha servido
haber junto a su eclíptica nacido;

200 ni mi fortuna muda

ver en tres lustros de mi edad primera
con la espada desnuda
al bravo portugués en la Tercera,
ni después en las naves españolas
del mar inglés los puertos y las olas.

205 Estoy seguro y cierto
de que ha de haber quien a los dos murmure,
mas no te espantes, huerto,
de que esta narración tanto me dure,
que como fui soldado de una guerra,

210 cuéntolo muchas veces en mi tierra.

Ni menos el estudio,
ejercicio también de su alabanza,
pero fatal preludio
del suceso infeliz de mi esperanza,

215 pues que dimos los dos en tantas sumas
tú al suelo flores y yo al viento plumas.

220 No es posible que falte
quien tu humildad castigue de que llore
el blanco y rojo esmalte,

que tu edad juvenil rompe y desdore
intempestiva furia de agua y viento,
pues vives el más ínfimo elemento.

225 Fuerte filosofía,
retirada vejez, pero contenta,

que la fortuna mía
con el breve camino el paso asienta;
si algunas esperanzas he perdido
sólo del tiempo estoy arrepentido.

Si yo no canto, basta
230 que otros canten por mí lo que yo lloro,
voraz el tiempo gasta
torres de vanidad, montañas de oro;
único sol no padeció rüina,
cándida Virgen, la virtud divina.

235 Ésta, príncipe claro,
sublime en vos y altísimo ornamento
de vuestro ingenio raro
os hace amable a todo entendimiento;
que si el alto nacer sólo ennoblece,
240 ¡dichoso el que obra el premio que merece!

Huerto, desta ribera
para siempre se fue, ¡qué infausto día!,
la dulce primavera
que con su hermoso pie te florecía;
245 por eso te faltó sereno el cielo
y a su occidente sol siguióse el hielo.

A mí me daba vida
y a ti te daba flores. Ya la muerte
con su veloz partida
250 en estériles campos nos convierte,
que a vivir estos valles, no lo ignores,
a mí me diera siglos y a ti flores.